

2-2522

M. N. D. J. Lázaro.

Su apno. amigo

R. M. Merchán

TOMO III

Bogotá (Colombia), Mayo 15: 1891

ENTREGA 13^a

REVISTA LITERARIA

PUBLICACION MENSUAL

Biografía, Historia, Viajes, Geografía, Estadística, Crítica,
Cuadros de costumbres, Poesías, Variedades, etc.

Director: ISIDORO LAVERDE AMAYA

CONTENIDO:

I—NOVELA.— <i>Toinette</i> . (Versión del inglés por Soledad A. de Samper, para la REVISTA LITERARIA).....	1
II—FILOLOGIA.—Estudios de Castellano, por Rafael M. Merchán.....	8
III—CRITICA LITERARIA.—La Princesa Malena, por B. Sanín Cano.	25
IV—BIOGRAFIA.—Noticia biográfica de D. José María del Castillo y Rada (Página inédita), por José Manuel Restrepo.....	30
V—POESIAS.—El Viejo Soldado, por Jorge Isaacs.	32
VI—ETNOLOGIA.—Tribus que habitaban el territorio colombiano á la llegada de los españoles, por Ernesto Restrepo.	38
VII—HISTORIA ANECDOTICA.—Mi tío Ramón, por Próspero Pereira Gamba.....	45
VIII—VARIEDADES.—Visitas de confianza, por Luis Taboada.	48
IX—Cantares, por Alfonso Tobar (español).....	51
X—Camprodón	52
XI—El Regalo de Reyes, por Alfonso Pérez Nieva.....	54
XII—Páginas Blancas, por Luciano Rivera y Garrido.....	58
XIII—NOTICIAS LITERARIAS	59
XIV—LA "REVISTA LITERARIA".....	64

IMP. DE "LA LUZ," CALLE 13, NUMERO 100

APARTADO 160—TELÉFONO 220

LOS BOMBONES

Antes de empezar he de advertir:

1.° Que aunque esta *Crónica* es *madrileña*, porque *madrileña* es la protagonista de ella y relacionada con toda la sociedad de Madrid, no tengo el menor empeño en que ustedes crean que ha ocurrido en Madrid el suceso.

2.° Que estos *bombones* (confites en castellano), aunque no son los de Mariano Pina, que saborean todas las noches los golosos de la Comedia, tienen por extraña casualidad varias semejanzas con ellos, entre otras, la de proceder de confitería francesa.

Y vamos al caso. El caso ocurrió hace cosa de tres semanas: al principio del año.

Entre los varios y preciosos regalos que con tal motivo recibió una noble y hermosa dama á quien llamaremos... llamaremos (pongámosle un título francés) la condesa de Donjon, figuraba un gran cucurucho de confites (a) bombones, presente de un rico y galante banquero á quien llamaremos (esta vez en español) el señor de Sollito.

El *envase*, si así puede decirse, de los bombones, no prodigio de elegancia ó de riqueza, ni mucho menos, no era, en realidad, regalo propio de tan ilustre condesa, por lo cual ésta, que es un tanto viva de genio, enrojació de cólera, y dirigiéndose á su hija, que hallábase á su lado en aquel instante, le dijo en tono seco:

—Este cartucho que lo suban á la vecina, á la señora de B. Es una buena mujer, y quedará contenta de mi recuerdo.

(Yá ven ustedes cómo sale otro parecido entre estos bombones y los de Mario).

Se cumplió el encargo de la enojada señora: los confites del banquero pasaron al cuarto de la vecina, y cuando el donante acudió el mismo día ó el siguiente á saludar á la condesa, ésta acogió con su afabilidad ordinaria al amigo, pero no le mentó para nada el regalo.

El, por su parte, aunque esperaba tal vez alguna palabra de agradecimiento, en vista del silencio de la condesa, se calló también.

Pero en esto llegó un recado de la señora de B. para su aristocrática vecina, dando con tales extremos las gracias por el recuerdo y ponderando tanto y tanto la belleza del mismo, que la condesa, sorprendida más bien que recelosa, como barruntando una burla, envió á su hija al piso tercero.

No hizo la joven más que entrar, cuando la dueña de la casa, abalanzándose á ella, exclamó gozosa cuanto confusa:

—¡Pero qué bondad la de la señora condesa! ¡Cómo había yo de figurarme! ¡Un abanico tan precioso!

—¡Qué!—gritó estupefacta la otra.

—Sí, el abanico; el abanico del cucurucho de bombones.

La hija de la condesa no sabía lo que le pasaba.

Presto quedó explicado el misterio: la señora de B. trajo el objeto origen de su gratitud, y su interlocutora observó entonces que en el fondo de aquel vulgar envoltorio de confitería estaba modestamente escondida una caja de raso, y en la caja un abanico antiguo, Luis XV, que debió de costar muy bien sus dos mil francos.

REVISTA LITERARIA

PUBLICACION MENSUAL

Pedido 31/2000
TOINETTE (1)

(Versión del inglés por Soledad Acosta de Samper).

Una mañana salió de su casa el tío Riel con aire abatido. Es cierto que hay exageración en llamar casa á aquella barranca. La verdad era que no era sino el caparazón de un buque que había naufragado en aquella costa; de manera que cuando subía la marea el agua llegaba hasta el escalón, frente á la puerta de entrada.

Aquello sucedía en la isla de Chincoteague, cerca de las costas orientales de Maryland y Virginia, la cual servía como de baluarte contra las olas del Océano que se rompían contra ella. Como la marea había bajado, el tío Riel se apoyaba contra el costado de su casa, y sombreando los ojos con la mano, se puso á mirar hacia el Sur con grande interés. Era un hombre como de setenta años, con larga y poblada barba blanca, que le caía sobre el pecho; parecía un patriarca hebreo. No era, sin embargo, sino un pobre marino bretón que había naufragado en aquella costa; pero como encontrase el país á su gusto, resolvió establecerse dentro de su buque; casóse después, y ahora pasaba los últimos días de su vida como un filósofo. Tenía dos hijas (era viudo yá), á quienes mantenía lo mejor posible con el producto de la pesca.

Aquella mañana el viejo se había dado asueto, y su red colgaba ociosa contra el costado de la casa-buque. Aquel era el día del rodeo en la vecina isla de Asateague, unida casi á la de Chincoteague por el Sur. Aquélla estaba desierta, solía inundarse, pero los prados eran abundantísimos y no se marchitaban ni con los hielos del invierno. Con ese motivo los habitantes de las vecinas tierras se aprovechaban de ello para enviar sus caballos durante todo el invierno, yendo á cogerlos en la primavera; lo

(1) Relación norteamericana.



cual se había convertido en festividades públicas, bailoteo y diversión.

El corral en que recogían los caballos tenía la forma de una V, y en torno de él se reunían muchísimas gentes de los alrededores, con el objeto de aplaudir á los enlazadores más expertos.

La fiesta duraba un día y una noche, y no era sino al siguiente por la mañana cuando cada cual se volvía á su casa con sus caballos.

No había aparentemente ningún motivo para que el tío Riel estuviese triste. El gozaba con los rodeos como el que más, y al mirar hacia la vecina isla sólo se columbraba una hermosísima vista. El agua brillaba como plata y se veía cubierta de botes llenos de hombres, mujeres y niños que bogaban hacia el lugar de la fiesta. No se oían sino alegres gritos con que se saludaban unos á otros al encontrarse los botes en la travesía, á lo cual se añadían los chillidos de los pájaros marinos que pasaban en bandadas.

—¡Padre! dijo alguien desde adentro.

—¡Ah! dijo para sí el viejo, yá empezamos....

En aquel momento apareció en el hueco de la puerta una hermosa niña de unos diez y nueve años, vestida limpia y sencillamente, cuyos cabellos oscuros llevaba recogidos en un moño sobre la nuca.

—Padre, dijo, ¿no vamos al rodeo?

—¿Por qué no, hija mía? contestó el viejo. Jamás he dejado de ir, menos en el año en que murió mi María. Sí, iremos todos con Toinette....

La muchacha bajó la vista y examinó su vestido de lana.

—Estaba pensando, repuso con mal humor, que me da vergüenza presentarme vestida así, cuando todas las demás llevarán trajes nuevos, adornados con cintas.... Pero esto no importaría si supiera que el día de mi boda....

—Sí, hija, yá te entiendo.

—Piénsa, padre, cómo me casaré. ¿Qué dirán las otras muchachas si ese día no tengo un vestido nuevo con cintas?

El tío Riel suspiró al decir:

—¡La nueva red me costó cuanto tenía guardado! Si pudiera, de mil amores te compraría un magnífico traje de novia.... pero no tengo con qué, hijita; no tengo.

Catalina le miró al soslayo, y repuso en voz baja é insegura:

—Podrías vender á *Espuma de mar*, padre.

—¡Vender á *Espuma de mar*! exclamó el viejo con doloroso acento. ¿A eso era á lo que aludías? Yá me lo imaginaba, y me llenaba de pesadumbre. ¡Vender mi linda yegua!

—¿Y por qué no?

—¡No tengo valor! ¡Tu madre, mi pobre María montaba en ella; mi pequeñuela, mi Toinette, la quiere tanto!

—Pero, padre....

—¡No tengo valor! añadió el viejo en voz baja. ¡Yo que la guardaba con tanto gusto! Ha pasado meses libre en la isla, y está gorda como una foca, sin que por eso haya perdido su agilidad. ¡Pobrecita! Vender á *Espuma de mar*, la favorita de María; ¿cómo me pides semejante cosa, hija? ¿No recuerdas cuánto quiere á Toinette? ¡Cuántas veces cuando mi niña ha jugado sobre la arena hasta cansarse, la yegua la ha seguido pidiéndole una caricia! ¡Y se deja tocar y sobar por la muchachita y hasta pegarle; como un manso cordero y como un perro corre en torno de ella dando saltos hasta que Toinette la llama.

Catalina escuchaba á su padre con aire de mal humor, la cabeza inclinada sobre el pecho, y sólo contestó con un suspiro; el tío Riel la miró y se sintió atormentado con la pena de su hija.

De repente bajó Toinette las gradas de la puerta, y riendo á careajadas se precipitó en los brazos de su padre. Era una preciosa niña de cinco á seis años de edad, blanca, rosada, rubia como un ángel y sana como una manzana, alegre como un día de pascua, y en sus ojos, color de cielo, se reproducía éste.

—Papá, gritó la niña, hoy hemos de ver á *Espuma de mar*, ¿no es así, *n'est-ce pas*, papacito? añadió en francés, pues hablaba un baturrillo de ambas lenguas, la de su padre y la de su madre.

El tío Riel miró á Catalina como quien dice: “Yá ves, hija.” Y levantando á la niña en los brazos, se la comió á besos.

—Si, mi hijita, le dijo; iremos á traer á *Espuma de mar*, y tú la llevarás de cabestro mientras que náda cerca del bote.

Poniendo á Toinette en el suelo, el tío Riel dio un beso en la frente á Catalina y le dijo al oído:

—¿Podría yo hacer lo que quieres?

Una hora después el buen viejo, acompañado por sus dos hijas, remaba en dirección á Asateague. En las costas había un movimiento inusitado de botes con banderas y gallardetes; á cada momento pasaban y repasaban las embarcaciones colmadas de robustos jóvenes y de muchachas alegres, y al aclararse el día, que había amanecido cargado de niebla, se veía que avanzaban de todas partes infinidad de botes con sus blancas velas.

A medio día la isla de Asateague estaba llena de visitantes; centenares de personas, hombres, mujeres y niños, viejos y jóvenes llenos de entusiasmo se ocupaban en reparar, componer y clavar los palos del cercado que debería encerrar los caballos. Este medía más de cinco pies de altura, y se extendía casi de una á otra punta de la isla, como dijimos, en forma de un triángulo abierto, cuya punta se confundía con el alto pasto que cubría la tierra. A un lado se habían construído chozas en donde los mercaderes exhibían sus mercancías, pues aquel rodeo se convertía siempre en una especie de feria en donde los mancebos compraban cintas y confites para conquistarse á las bellas.

Desde medio día se advirtió á los enlazadores que, como ya estaba concluída la cerca, podrían empezar á arrear á los caballos. Muchos jóvenes tenían aparejados caballos ensillados, y apenas se dio el aviso cuando se apresuraron á montar, algunos en pelo, y se dirigieron á todo correr hacia el lado en que estaban los caballos. Estos, casi salvajes con motivo de los largos meses de libertad de que habían gozado, se ocultaban detrás de los matorrales y altos pajonales y no era fácil obligarlos á dirigirse al corral. Pero los vaqueros eran muy diestros en su oficio, y rodeando á los caballos, empezaron á hacerlos caminar poco á poco hacia el cercado.

Aquel momento era de grande interés para los espectadores. Con grandes gritos y exclamaciones los vaqueros empujaban hacia adelante á los espantados caballos, y aquella escena era más y más interesante á medida que avanzaban. La tropa corría en diferentes direcciones como un huracán, y las crines al viento, la cola como una pluma, galopaban relinchando y hacían temblar la tierra con sus pisadas, á lo cual se añadían los alaridos de los jóvenes á pie y los vivas de los espectadores. A medida que se acercaban á la ancha puerta del cercado, parecía

como si comprendiesen cómo iba á peligrar su amada libertad, y hacían mil esfuerzos por devolverse. Pero los encargados de espantarlos á uno y otro lado, les gritaban y asustaban, y poco á poco iban entrando al cercado sin poderse defender.

El tío Riel con Catalina y Toinette lo había presenciado todo, dando señales del mayor interés. Hasta Catalina había olvidado su mal humor, y cuando pasó su novio á galope tendido, pero saludándola al pasar, ella, sonrojándose, dijo á su padre:

—¡Qué bien monta! ¿No es cierto, padre?

—Pues sí, repuso el viejo sonriendo, es un buen muchacho.

De repente Toinette, que estaba encaramada sobre el hombro de su padre, empezó á palmotear y á dar gritos de alegría.

—¡*Voilà, papá!* ¡Allí viene *Espuma de mar!*

La niña devoraba con sus ojos á la bonita yegua, blanca como un copo de nieve, cuyos miembros delgados y elegantes casi no se distinguían en medio de la carrera, y pasó como un relámpago delante de sus amos y desapareció en medio de la multitud de animales que llenaban el corral.

Había llegado el momento de la última faena del día, en la cual cada mancebo debería lucir su agilidad y perspicacia; necesitábase tener muy buena vista y certeza de mano; era el momento de enlazar los caballos para ir apartando cada animal de los demás. Después de muchos gritos, alboroto y estruendosas carreras, todas las bestias fueron enlazadas, menos una, *Espuma de mar*, la cual, dando un salto extraordinario, salvó la cerca y desapareció en medio de la naciente oscuridad.

El novio de Catalina, que sin duda no ignoraba las intenciones de ésta con respecto á la yegua del tío Riel, hizo mil esfuerzos por alcanzarla; pero en el momento mismo en que lanzaba el rejo para enlazarla, el ágil animal dio un salto por encima de la cerca y se perdió en medio de la altísima yerba.

La multitud, que lo había presenciado todo, se rió á carcajadas cuando vio regresar al joven enrollando el rejo, y sus amigos empezaron á burlarse de su mala suerte.

—El que no puede enlazar una yegua, menos logrará una novia, le decían.

—¡Caballo que huye, pasar querría! exclamó otro.

—¡Búscaló, hijo, añadió un tercero; nada más fácil en el campo!

Catalina no sabía si llorar ó reír. Era imposible coger á la yegua yá de noche, y sería preciso aguardar al día siguiente. El tío Riel, sin duda contento con que se hubiera escapado *Es-puma de mar*, dijo á Catalina, poniendo á Toinette cerca de ella, en el suelo:

—Cuida de tu hermanita, hija. Veo allí á mi amigo Simón, que me hace señas para que vaya á hablarle.

Al decir esto se mezcló entre los grupos de curiosos en el momento en que los músicos requerían sus instrumentos y los mozos invitaban á las muchachas á que bailaran en un espacio arreglado al propósito. Acercóse el novio á Catalina, y en medio del ruido de las voces y el de los violines, ella le dio la mano riendo, olvidó á Toinette y empezó á bailar.

La escena no podía ser más pintoresca. El sol se ocultaba detrás de las vecinas costas, pero al mismo tiempo se levantaba la luna, y la luz roja del sol poniente se hermanaba con la plateada de la reina de la noche, la cual formaba regueros brillantes sobre las crestas de las olas del mar. Más cerca la luz roja de las antorchas arrojaban su claridad sobre los ranchos, los bailarines y la verde sabana que se estremecía bajo el viento vespertino que las movía de un lado á otro. Por momentos los caballos encerrados tras el cercado corrían de un lado á otro buscando salida, y relinchaban unos y contestaban otros, en tanto que los pájaros marinos revoloteaban asustados al ver invadida la isla en donde posaban de noche, por aquella ruidosísima multitud.

El fandango y la alegría estaban en su mayor auge, cuando de repente se oyó un grito de angustia, más fuerte que el sonido de los violines.

—¿Mi Toinette en dónde está? gritaba el tío Riel. La he buscado por todas partes y no la encuentro.

Callóse la música, detuviéronse los danzantes y todos rodearon al buen viejo.

—Catalina, decía éste, ¿en dónde está tu hermana?

—Aquí la dejé, padre, pensé.... ¿qué le puede haber sucedido?

—¡Pero no la encuentro!.... ¿Y si se ha metido entre los caballos?.... ¡Dios mío! ¡La pueden haber pateado.... y estará muerta á estas horas!

Al oír aquellas palabras Catalina prorrumpió en llanto, mientras que la demás gente, sencilla y bondadosa, lo olvidó todo para ayudar al viejo á buscar á la preciosa niña. Pero en vano la llamaban y buscaban por todas partes; Toinette no parecía. ¿Estaría acaso en la orilla del mar? Corrieron hacia ese lado, y llevando antorchas prendieron candeladas aquí y allí para llamarle la atención y que pudiera dirigirse al campamento si acaso se había extraviado en el campo.

Corrían por todas partes los isleños llamando á voz en cuello á Toinette, y la luz de las antorchas entre las altas yerbas, los gritos y las exclamaciones producían un cuadro extraño y pintoresco.

El tío Riel, seguido por Catalina y su novio, llevando antorchas en las manos y gritando con angustia: ¡Toinette! ¡Toinette! recorría aquí y allí las veredas formadas por el paso de las caballerías. Catalina lloraba amargamente.

—¡Oh! si hubiera cumplido las órdenes de mi padre, decía entre sollozos, y la hubiera cuidado, esto no sucedería! Y volviéndose á su novio, con un movimiento de cólera, añadía: ¿Por qué me obligó á que la dejara para bailar con usted?.... ¡Más valía no haberle visto nunca!.... ¡Oh, Toinette mía, Toinette! ¡Y pensar que la pobrecilla esta mañana se puso á llorar porque me oyó decir que se vendiera la yegua para comprar mi vestido de novia!

—¡Maldito sea tu vestido de boda! exclamó el viejo, y por lo bajo añadió: y tu novio y tus amores.

Catalina empezó nuevamente á llorar.

—¡Toinette! gritó con loca angustia el pobre viejo, ¿en dónde estás?

Catalina se detuvo de repente.

—¡Qué veo! gritó; ¿es un fantasma?

Y señalaba algo blanco que se veía brillar á pocos pasos. El tío Riel se adelantó corriendo.

—¡Es *Espuma de mar!* exclamó; por aquí debe de estar Toinette....

—¡Aquí está tu hijita! dijo una vocecita. Papacito, aquí estoy.

—¡Bendito sea Dios! gritó el viejo tomando en sus brazos á la niña.

Estaba sentada en el suelo, al lado de la yegua, que no se movió del sitio, sino que la olía con manifiesto cariño, y se dejó acariciar por su amo y Catalina. Todos abrazaron á Toinette, la cual no estaba asustada. Dijo que se había alejado del campamento en busca de flores, y en seguida había continuado por una vereda, hasta que, sintiéndose cansada, se sentó; en eso se le acercó *Espuma de mar* y la olió y se estuvo junto á ella hasta que la niña se quedó dormida. Eso era todo, añadía la niña sencillamente. Lleváronla en triunfo al campamento; toda la gente manifestó su alegría, y empezó de nuevo la danza y el alboroto, que duró hasta que el sol se levantó en medio del Océano al día siguiente.

.....

Un mes después de las escenas que hemos narrado, una mañana de verano se vio remar un bote de la isla de Chincoteague, seguido á nado por *Espuma de mar*, á quien llevaba Toinette de cabestro. Al llegar á tierra firme, el tío Riel puso á la niña sobre sus hombros, mientras que el novio de Catalina ensillaba la yegua y ayudaba á montar á su prometida. El grupo, compuesto de esas cuatro personas, se dirigió á la iglesia de la vecina aldea; el cura aguardaba á los novios para casarlos, y aunque Catalina no tenía traje nuevo, parecía feliz, y durante todo el camino acariciaba á cada rato á la fiel yegua.

Desde la noche del rodeo no había vuelto á mencionar el vestido de novia ni las cintas que deseaba....

ESTUDIOS DE CASTELLANO

I

“BAJO EL PUNTO DE VISTA.”

Cuando escribí acerca de la segunda edición de las *Apuntes críticas sobre el lenguaje bogotano*, defendí brevemente la frase *bajo el punto de vista*; pero lo hice con desconfianza, y sobre todo con respeto, porque á un autor como el señor Cuervo, que está en primera línea entre los más grandes filólogos, y que, en mi concepto, conoce la lengua castellana como nadie en ambos mundos, no se le deben de otro modo dirigir obser-

vaciones. El hecho mismo de dirigírselas no arguye atrevimiento, pues es seguro que él, con toda la conciencia que de su superioridad ha de tener, rechaza la admiración servil, que no merece otro calificativo que el de adulación; y más satisfecho quedará con el aplauso razonado, hijo del criterio que examina y aprueba, pero que también, aun cuando no sea sino en raras ocasiones, se detiene y vacila, y controvierte ó á lo menos pregunta. Por mi parte no sé elogiar de otra manera, y á mi querido amigo el señor Cuervo ha de agradecerle, pues él también la practica, esta independendencia en la admiración.

En las ediciones tercera y cuarta de las *Apuntaciones*, y en el primer tomo del *Diccionario de Construcción y Régimen* (1886), el señor Cuervo ha manifestado que no condena en absoluto la frase *bajo el punto de vista*; que en algunos casos se puede usarla sin impropiedad.

Apoyado en voto de tanto peso, no había creído necesario replicar á algunas impugnaciones que se me han hecho, pues habría tenido que limitarme á ampliar mis primitivos razonamientos, que no han sido refutados. Ahora cambio de parecer, por lo que paso á decir.

Mi compatriota el joven D. Emilio Bobadilla (*Fray Candil*) imprimió en 1888 en Madrid un volumen titulado *Escaramuzas*, en el cual, entre otras críticas ligeras é injustas á nuestro insigne Piñeyro, le hizo la de haber usado la frase *bajo el punto de vista*. El preclaro escritor D. M. Sanguily analizó el libro de *Fray Candil* en la *Revista Cubana* (tomo VIII), y al tratar de dicha locución la sostuvo refiriéndose á los argumentos míos. En 1890 publicó *Fray Candil*, también en la capital de España, otro volumen, *Capirotazos*, en el que me nombra á propósito del *bajo*, é insiste en que es impropio el uso de esta voz en la frase citada.

Repito que esa voz, después de lo que el señor Cuervo ha dicho, no requiere nuevos apoyos; pero quizás las presentes líneas induzcan al señor Bobadilla y á otros conterráneos míos á estudiar un poco más las obras del eminente filólogo colombiano, aun cuando para ello tengan que hurtar algunos ratos á la lectura del *Diccionario de Galicismos* de Baralt; y por eso me decido á escribir algo más acerca de una cuestioncilla que está virtualmente terminada.

Debería empezar refutando al señor Bobadilla; pero ¿qué le refuto? El no ataca mis argumentos ni presenta ninguno nuevo; se limita á decir que, á su ver, la frase mencionada es “viciosa” (pág. 290); “que no está bien aunque el señor Merchán opine lo contrario” (pág. 383); y eso es todo.

Sospecho que la opinión de *Fray Candil* tiene por únicos sustentáculos las de Baralt (1) y la Academia (2). Baralt se funda en que *bajo el punto de vista* “es francés puro.” Pero *yo te amo* también ~~es~~ francés puro, pues corresponde exactamente á *je t'aime*. Muchos puristas acostumbran rechazar buenas locuciones castellanas por la sola circunstancia de que se las encuentra casi idénticas en francés, y Baralt cae bastante en esa tentación. Bueno será agregar que el lexicógrafo venezolano comete la misma falta que censura, pues en el artículo *Fondo*, pág. 249, se expresa así:

“Decimos en buen romance: *tratar á fondo un asunto*, por tratarle entera y perfectamente, bajo todos los puntos de vista...”

Respecto de la Academia, tanto la Gramática como el Diccionario dicen que el punto de vista está en el objeto contemplado; y si no hubiera nada que agregar, es evidente que no se podría decir *bajo*.

Pero no: he consultado muchos tratados de Perspectiva y muchos Diccionarios, escritos ya en español, ya en francés, ya en inglés, y he encontrado en ellos que por *punto de vista* se entienden dos cosas diferentes: la una, el ojo del observador; la otra, el objeto contemplado. Acepte la Academia la primera de esas definiciones, así como ha aceptado la segunda, pues en Bellas Artes son buenas ambas; y entonces no tendrá reparo que hacer.

Reconozco que cuando se habla del *punto de vista* en el *objeto* no se debe decir *bajo*: en eso estoy de acuerdo con todo el mundo. Y como en las discusiones, para no perder tiempo, se debe prescindir de todo aquello en que haya conformidad, no trataré en este escrito sino del *punto de vista* en el *sujeto*.

Historiemos, volviendo á las *Apuntaciones*.

Decía la segunda edición:

“Apenas hay institución más repugnante á los principios de una sabia legislación, y sin embargo apenas hay otra que merezca

(1) BARALT, *Diccionario de Galicismos*, artículo *Bajo*. Edición de 1874, pág. 73.

(2) *Gramática* de la Academia. Edición de 1883, pág. 280.

más miramiento á los ojos de la sociedad. ¡Ojalá que logre presentarla á V. A. en su verdadero *punto de vista*, y conciliar la consideración que se le debe, con el grande objeto de este informe, que es el bien de la agricultura!" (Jovellanos, *Ley agraria, Mayorazgos*).—En este caso sería pésimo castellano *bajo tal ó cual punto de vista*. Según Salvá en su Diccionario, *punto de vista* es además 'aquel desde donde ha de mirarse un objeto para verlo con toda su perfección;' (1) y así se dice con propiedad: 'ver un objeto desde su verdadero punto de vista.'

Esa segunda edición es de 1876. En Abril de 1879 publiqué en el *Repertorio Colombiano* mis observaciones á lo que se acaba de leer. Dije que *punto de vista* es, como lo define Edward Crecy, el ojo del observador; y que "para tomar una vista de una ciudad, de un valle, de un paisaje cualquiera, se sitúa por lo común el observador en una eminencia cercana, que domine tan completamente como sea posible el cuadro que va á reproducir."

La tercera edición de las *Apuntaciones* salió á luz en 1881. En la página 255 se lee:

"c) *Punto de vista* es aquel donde precisamente ha de colocarse uno para ver bien un objeto, y también aquel donde ha de hallarse el objeto para ser bien visto (2). De suerte que el observador ha de ver el objeto desde el punto de vista, y el objeto ha de estar en su punto de vista. Sólo considerando al observador en un lugar elevado, podría decirse que ve un objeto bajo ese punto de vista; pero como éste no es el caso más ordinario, ni bajo indica con respecto al observador una relación tan directa como desde, siempre es más seguro el uso de éste. Es claro que tratándose del observador, sería absurdo colocarle bajo su punto de vista."

Y siguen varios pasajes en que *punto de vista* está usado sin *bajo*.

La cuarta edición, que es de 1885, reproduce lo de la tercera, y además en la página 547 se advierte que la Academia

(1) Véase un ejemplo metafórico de esta acepción: "Tan pronto como se medita algún tanto y se toma el verdadero *punto de vista*, la ilusión desaparece." (Balmes, *Cartas á un escéptico*, XIX).—(Nota de Cuervo).

(2) La definición que da la Academia en *punto de la vista* se refiere no al sitio en que se halla el observador, sino á la tabla ó cuadro. *Punto de vista* no se halla en el Diccionario, y por eso hemos copiado algunas autoridades; la explicación que damos está conforme con Bescherelle y Littré.—(Nota de Cuervo).

en la edición XII de su Diccionario ha admitido “*punto de vista*, pero sólo en el sentido de *punto de la vista*.” (1)

¿Qué resulta de todo esto? Que en lo sustancial mis observaciones á la edición segunda no tienen yá aplicación á la tercera ni á la cuarta. El señor Cuervo dice que *desde* es más seguro, (no el único seguro), y que hay casos en que sí se puede usar *bajo*; y yo había dicho que “*desde* satisface en todos los casos, pero no excluye la propiedad del *bajo* en muchos.”

Esos muchos son cuando el observador está arriba. En sentido figurado la altura no es material, como en sentido propio, sino abstracta, moral ó intelectual; y por eso, si bien se puede suponer que el *punto de vista* no está más alto que el objeto considerado, también es permitido suponerlo superior.

Tengo, pues, la satisfacción de hallarme de acuerdo con el autorizado escritor de las *Apuntaciones*, al sostener que *bajo el punto de vista* no es locución viciosa.

Lo único en que tendríamos aún que concordar, no pertenece yá á la Filología ni á ninguna otra ciencia: consistiría en averiguar si el observador se coloca arriba más frecuentemente que abajo; el señor Cuervo opina que “este no es el caso más ordinario,” y yo había dicho que para tomar vistas es el más común.

Pero yá esto quizás no vale la pena, ni sería fácil resolverlo, por falta de estadísticas imposibles de pinturas y grabados. ¿Cuántos millones de estampas fotográficas se han hecho en el mundo, con el punto de vista á nivel? ¿Cuántos millones de ciudades y paisajes se han copiado con el punto de vista en alto?

En su laborioso *Diccionario*, obra inmortal, dice el señor Cuervo:

“Alguna vez se considera el punto de vista con respecto á la situación del objeto observado, y no á la del observador, y en

(1) Copio del Diccionario de la Academia las siguientes definiciones:

RAYO PRINCIPAL.—*Perspectiva*. Línea recta tirada desde la vista perpendicularmente á la tabla. (Página 900).

TABLA.—*Perspectiva*. Superficie del cuadro, donde deben representarse los objetos y que se considera siempre como vertical. (Página 1,002).

PUNTO DE VISTA.—*Perspectiva*. Aquel en que el rayo principal corta la tabla ó plano óptico, y al cual parecen concurrir todas las líneas perpendiculares al mismo plano. [Página 881].

PUNTO DE VISTA.—*Perspectiva*. Punto de la vista. [Página 881].

PUNTO PRINCIPAL.—*Perspectiva*. Punto de la vista. [Página 881].

tal caso no es impropio el uso de *bajo*, en cuanto presenta á aquél en una posición inferior al punto de que puede mirarse.”

* * *

El señor D. Antonio María Gómez Restrepo, á quien considero destinado á ser una de las figuras más espectables de las letras colombianas, copió en 1873 mis observaciones, y dijo:

“No rechazamos la primera parte de la argumentación del señor Merchán: es indudable que tiene razón. El señor Cuervo mismo, en la tercera edición de sus *Apuntaciones*, dice que “sólo considerando al observador en un lugar elevado, podría decirse que ve un objeto *bajo* ese punto de vista.” Hay, en verdad, el peligro de que los escritores noveles que vean usado el *bajo* por personas ilustradas, piensen que el empleo de esa preposición, en todos los casos, es legítimo. Pero esto no le quita su fuerza á la argumentación del crítico. Por lo que toca al estilo figurado, tal vez no militan razones de igual peso; porque desde el momento en que desaparece la correlación de *alto* y *bajo*, el uso del último es imposible. Así por lo menos nos parece á nosotros.”

Para que el señor Gómez Restrepo se halle de todo en todo conforme conmigo, no se necesita sino que reconsidere las condiciones del estilo figurado; y entonces verá lo que él yá sabe: que la correlación no desaparece, ni puede, ni debe desaparecer.

La metáfora es una comparación abreviada ó implícita, y se compone de vocablos que están en sentido propio unos, y otros en acepción translaticia. El uso de la metáfora *simple*, por ejemplo esta hermosísima de Víctor Hugo: *encajes de sonido*, no presenta gran dificultad; pero la metáfora *continuada* es el escollo en que más frecuentemente tropiezan y naufragan los escritores y poetas imperitos, y en que á las veces se descuidan y se pierden aun los veteranos y los genios. La muy conocida del Monsieur Prudhomme de Henri Monnier: *el carro del Estado navega en un volcán*, metáfora absurda, justamente no tiene más que una tacha, y es la desaparición de correlaciones: sí se puede comparar al Estado con un carro, pero entonces se dirá de él que rueda ó corre, no que navega, por no haber correlación entre el carro y la navegación; y dado que navegara, sería en agua tranquila ó tormentosa, no en un volcán. Para que una metáfora sea buena, es

preciso que las voces de sentido figurado guarden entre sí la correlación que tendrían en sentido propio. Si la correlación desaparece, la metáfora es mala.

Cuando Dumas, padre, llamó á San Gregorio el Grande “Napoleón del Pontificado”; cuando Cowper escribió que los placeres puros “no dejan ninguna mancha en el ala del tiempo”; cuando Emerson dijo que la autoridad humana en materias literarias y científicas no es más que la sombra de un individuo, prolongada en el tiempo y en el espacio; y por fin, cuando alguno observa que bajo el punto de vista de la sociedad la Fortuna es una virtud brillante, no se ha hecho ni se hace sino establecer correlaciones que hasta pueden reducirse, en términos matemáticos, á reglas de proporción:

$$G : P :: N : I.$$

(San Gregorio es al Pontificado como Napoleón es al Imperio).

$$F : S :: P : V.$$

(La Fortuna es á la Sociedad, como el Paisaje al Punto de Vista; es decir: la Fortuna brilla á los ojos de la sociedad, como un paisaje al ojo [ó punto de vista] del observador).

En el último ejemplo, que es el que más nos interesa, las correlaciones son de observación y de altura; altura que respecto del Paisaje es material, y respecto de la Fortuna es moral, pero siempre altura. Si se dice *desde* en vez de *bajo*, la correlación no es de *altura*, sino simplemente de distancia.

Si se me permite la llaneza de la comparación, diré que al pasar una voz del sentido propio al figurado, lo que ocurre es como cuando un individuo muda habitación; tiene nueva sala, nueva azotea, nuevos horizontes; pero su nombre es el mismo que antes, su estatura la misma, el color de su tez el mismo, su parentela la misma. Esa parentela es la correlación.

Todo esto lo sabe el señor Gómez Restrepo, y si sólo se tratara de él, no entraría yo en tales minucias; pero ya que mi artículo del *Repertorio* ha sido tan comentado, tengo, al proponerme ampliarlo, excusa hasta para la difusión.

* * *

El señor D. Rafael Uribe U., en su *Diccionario abreviado de Galicismos, Provincialismos y Correcciones de Lenguaje*, publicado en Medellín el año 1887, me enderezó la nota siguiente (pág. 354):

“ Adoptando la acepción autorizada por Salvá sobre *punto de vista*, diciendo que es ‘aquel desde donde ha de mirarse un objeto para verlo con toda su perfección,’ trata el señor Rafael M. Merchán (*Estudios Críticos*, pág. 131) de justificar la preposición *bajo* antepuesta á esa locución, y para ello se vale de este razonamiento: ‘Para tomar una vista de una ciudad, de un valle, de un paisaje cualquiera, se sitúa por lo común el observador en una eminencia cercana, que domine tan completamente como sea posible el cuadro que va á reproducir. Por ejemplo: el cerro de Santa Elena puede ser buen punto de vista para la fotografía de Medellín. ¿Qué relación guarda la población con su punto de vista? Ella está abajo y él arriba. Puede, pues, decirse correctamente: *bajo el punto de vista* de Santa Elena es encantadora la ciudad de Medellín.’ Esta explicación es más especiosa que concluyente; la ciudad estará *abajo* del punto de vista mencionado, pero no *bajo*, que denota alineamiento perpendicular de puntos ú objetos, y en rigor, nada puede ver el observador *bajo* el punto de vista en que está colocado. Si en la frase del señor Merchán se suprime la locución discutida, se diría: ‘Vista *desde* (no *bajo*) Santa Elena es encantadora Medellín.’ El lenguaje moderno requiere absoluta precisión y lógica en la expresión de las ideas, y no tolera, ni menos sanciona, contravenciones á la verdad de los hechos ni á los principios científicos recibidos.”

En carta particular contesté:

“ Bogotá, 24 de Noviembre de 1887.

“ Señor D. Rafael Uribe U.—Medellín.

“ Muy señor mio: ocupaciones que no me dejaban tregua, me han impedido darle gracias por el obsequio de su *Diccionario abreviado de galicismos*, etc.; y ahora, menos abrumado, cumplo este grato deber.

“ En lo que he leído yá de dicha obra, encuentro materia para discusión, pero ésta no cabe en los límites de una carta. Su lugar es, más bien, algún estudio detenido que acaso emprenda cuando disponga de mayor holgura.

“ Hay, sin embargo, un punto sobre el cual debo anticipar alguna observación, por tratarse de mí. Me refiero á su nota 213.

“ Yo defendí la frase ‘*bajo el punto de vista*,’ y usted ataca mi razonamiento fundándose en que *bajo* ‘denota alineamiento *perpendicular* de puntos ú objetos.’

“ Me figuro que donde dice usted *perpendicular* debe entenderse *vertical*, porque la línea perpendicular no tiene la dirección forzosa de alto á bajo que le da la nota. Una línea horizontal

puede ser perpendicular; puede serlo una diagonal, etc.; todo lo que se requiere es que la línea forme con otra un ángulo recto. Desde el cerro de Santa Elena se puede tirar hasta la catedral de Medellín una perpendicular, es decir, que forme ángulo recto con otra que parta desde la catedral. Y como usted me exige (creo que sin razón) que sujete mi lenguaje á los principios científicos, permítame que le conteste *cura teipsum*, pues *perpendicular* por *vertical* es un error de locución, muy común, (y como error, anti-científico), que ojalá hubiese usted incluido en su *Diccionario*.

“ Si quiso usted decir *vertical*, juzgo inadmisibile la diferencia que establece entre *bajo* y *abajo*. En ninguna época de la lengua castellana ha tenido *bajo* la significación *restricta* de alineamiento vertical, es decir, colocación de una cosa en lugar inferior al de otra, formando las dos una línea vertical. La idea que la voz *bajo* envuelve, no es *líneas*, sino *planos*. Un objeto está *bajo* otro (ó *debajo de* otro ó *abajo de* otro) cuando el plano de aquél es inferior (1) al de éste. ‘Todas las aguas naturalmente corren para bajo,’ dice Granada;

Gozosa mira

Bajo de sí las nubes,

dice Quintana; “ Numerosa comitiva bajo de sus pendones,” dice Jovellanos (2). Pudiera multiplicar ejemplos en que *bajo* está usado como lo usé yo en la frase de Santa Elena: es decir, indicando un objeto situado en un plano inferior al de otro.

“ Pero ni ésta, ni otras divergencias, me impedirán reconocer los méritos patentes de su libro, y siempre hallaré digno de elogio el tiempo y el esfuerzo dedicado por usted al cultivo de la Filología.

“ Aprovecho esta oportunidad para ponerme á sus órdenes como su muy atento y seguro servidor,

“ RAFAEL M. MERCHÁN.”

Ahora diré algo más en respuesta al señor Uribe.

No he defendido la frase *bajo el punto de vista* con razones literarias, sino científicas, precisamente científicas, que son las que él echa menos; y las llamo así, porque aun cuando la Perspectiva es un arte, todo arte se levanta en cimientos de la ciencia.

Las razones literarias serían textos de clásicos antiguos que hubiesen escrito *bajo*. No he presentado ninguno, y segu-

(1) Por un *lapsus calami* puse en la carta: *superior*.

(2) Pueden verse esos y otros ejemplos en el *Diccionario* del señor Cuervo.

ramente no los hay. El señor Cuervo en su *Diccionario* (pág. 844) cita diversos pasos de afamados escritores modernos que han dicho *bajo*: Capmany, Martínez de la Rosa, Jovellanos, Gil y Zárate; *Fray Candil* en sus *Capirotazos* (págs. 290 y 291) copia otros de Larra, Menéndez Pelayo, Núñez de Arce y Echegaray; y aun cuando el uso docto podría ser razón concluyente en favor mío, no quise atenerme á él, por parecerme suficientemente sólido el terreno científico en que me situé. Quiero suponer que en ningún idioma ningún autor ha escrito jamás: *bajo el punto de vista*, y que soy el inventor de esa frase. Vamos á ver en qué he delinquido contra el idioma con la originalidad.

¿Que hice mal porque los clásicos nunca se expresaron así?

¿Y qué nos importan ellos en asuntos de metáforas? Una de las cualidades primorosas del estilo es la novedad de las imágenes, y novedad quiere decir que sean nuevas, es decir, que no hayan sido usadas. ¿A qué quedaríamos reducidos si no pudiésemos valernos más que de las mohosas de los clásicos? Entonces, ¡adiós, Literatura! Las ciencias y las artes son fuentes abundosas de voces y de metáforas con que diariamente se rejuvenece y retoña el lenguaje común. *Embolo* se decía en Mecánica, *ázoe* en Química, *pléyadas* en Astronomía, mucho antes que en los Diccionarios de la lengua vulgar; *solenoides* no ha sido admitido todavía, pero yá lo incorporarán. Los clásicos usaban las voces *veinte*, *grado*, *bajo*, *cero*, pero en todo el siglo de oro, y creo que hasta muchísimo más tarde, no se encontrará *veinte grados bajo cero*, pues el termómetro, como es sabido, fue inventado á fines del siglo XVI; y ahora, cuando se dice frecuentemente: *en la desgracia descende la estimación de los amigos á veinte grados bajo cero*, no se hace sino usar una metáfora tomada de una locución técnica de Física. *Bajo el punto de vista* es también locución técnica, de Perspectiva, y la empleamos metafóricamente con la misma propiedad que la de los *grados bajo cero*. Rechaza el señor Uribe el *bajo*. ¿Por qué? En una vista de la plaza de Bolívar tomada desde la torre de la catedral, ¿no está en lo alto de la torre el punto de vista, y no está la plaza *bajo* la torre? Y ¿qué inconveniente hay en decir la verdad, si esa es la verdad?

II

“ ARGUMENTOS CONTRAPRODUCENTES.”

No estoy convencido de que sea incorrecta la frase “argumentos contraproducentes;” tampoco lo estoy de que sea irreprochable esta otra: “argumentos *contraproducentem*,” que se suele usar en lugar de aquélla; y como cada día se van generalizando más entre nosotros el rechazamiento de la primera y la preferencia por la segunda, voy á exponer los fundamentos de mi opinión, con el fin de contribuir á fijar un punto que interesa á cuantos aprecian algo la exactitud en el bien hablar.

De estas disquisiciones lo que llama la atención de la generalidad del público es únicamente el resultado; los pormenores le fastidian, porque no son amenos; pero es imposible llegar al uno sin valerse de los otros, y tengo que pedir perdón á los lectores de este periódico por el espacio que voy á ocupar con el árido examen de una cuestión cuyas conclusiones, presentadas sin pruebas, parecerían dogmáticas.

Revisaré primero los títulos de legitimidad de “argumentos contraproducentes.”

Me limito por ahora á cuatro, irrecusables: 1.º, su buena formación; 2.º, su significado; 3.º, su uso por los doctos; y 4.º, su necesidad.

I. LA BUENA FORMACIÓN.—Salta á la vista: se deriva de la preposición ó adverbio *contra* y del participio de presente del verbo *produco*, voces latinas ambas. Creo que se me aprobará que no alargue este escrito con la demostración de una etimología acerca de la cual nadie ha discrepado.

II. EL SIGNIFICADO.—Lo toma de sus dos elementos componentes. Considérese á *contra* como adverbio ó como preposición, su sentido viene siempre á ser uno mismo: *contra*, *en dirección opuesta*, *enfrente de*, *al contrario*, *en contra de*, *etc.*

Producente es *el que*, *lo que* ó *la que produce*; y *producir* no se refiere solamente á efectos materiales, sino también á los intelectuales, y á los actos mismos de escribir y hablar. *Producere* significa en latín, entre otras cosas, *presentar*, *manifestar*, *exhibir*, *mostrar*.

Contraproducente vale, pues, *el que, la que, ó lo que produce* (ó *manifiesta*) *en contra, en dirección opuesta, con tendencia contraria.*

Juan trata de probar que hoy es sábado, y para ello alega que ayer fue día de Corpus y que hoy es día de mercado; pero esas dos razones evidencian que hoy no es sino viernes. Contestarle: “los argumentos de usted son contraproducentes,” es como si le dijera: los argumentos de usted manifiestan (es decir, demuestran) en contra.

¿De quién? Tiene que ser en contra de uno de los dos interlocutores; en contra mía no puede ser, pues si lo fuera, yo no seguiría oponiéndomele, sino le diría: “tiene usted razón.” Puesto que le replico, es claro que las pruebas producidas por esos argumentos no son contra mí, sino contra él.

Es lo contrario de lo que sucedería si yo exclamase: “los argumentos de usted son convincentes.” ¿Convincentes para él ó para mí? Para él no, porque él estaba convencido desde antes; era yo quien debía convencerme. El espíritu de la locución es, pues, el que indica contra quién se produce y á quién se convence, aunque en ninguno de los dos casos se determine de un modo expreso.

No se determina, lo reconozco: *contraproducente* no señala con precisión si se *produce* contra el que habla ó contra el que escucha; pero *convigente* (1) tampoco indica á quién se convence; pero todos los que emplean la frase “argumentos contraproducentes,” están en absoluto acuerdo acerca de la persona contra quien se produce la demostración; y el uso, el uso docto, es despótico; con él no se discute. El *uso* nos obliga á llamar *indios* á los aborígenes de América, por una equivocación de los navegantes del siglo xv; el *uso* nos hace llamar todavía *arterias* á los vasos de la circulación de la sangre, porque los antiguos creyeron que esos vasos no contenían sino aire; el *uso* nos hace seguir conservando la voz *electricidad*, aunque ya las propiedades del ámbar apenas tienen importancia.

Me detengo en este punto, porque el razonamiento de más fuerza que se me ha opuesto, en discusiones privadas, es que *contraproducente* no lleva en sí la designación de la persona contra quien se arguye; y hasta se me ha sostenido que más bien debe entenderse que esa persona es el otro interlocutor.

(1) Se podría hacer una comparación semejante con *inconducente*.

No hay necesidad de otro interlocutor.

No tenemos en castellano el verbo *contraproducir*, ni en latín hay *contraproduco*; mas para fijar el valor de *contraproductente* podemos suponer que existe dicho verbo, y deducir el sentido de su participio de presente por lo que sucede en casos análogos.

Contradecir es decir algo en sentido contrario de lo dicho antes. *Contramarchar* es marchar en dirección contraria de una marcha anterior. *Contraminar* es hacer una mina en dirección opuesta de la de otra mina. *Contravenir* es "obrar en contra de lo que está mandado."

Con esos ejemplos basta para definir que *contraproducir* es producir en contra ó en sentido contrario de lo que se ha producido antes.

Para *contradecir*, *contramarchar*, *contravenir*, y lo mismo para *contraproducir*, no es indispensable la concurrencia de dos personas. Yo puedo asegurar que X. es un hombre de principios, y si después sostengo que es voltario, contradigo mi primera aserción; ni en la una ni en la otra interviene más persona que yo. Puedo marchar hacia un lugar, y retroceder; para eso no necesito compañía. Del mismo modo, puedo sentar una tesis, y por torpeza ó cualquiera otra causa, producir una prueba contra ella misma. Se requiere, sí, que haya dos términos, dos entidades ó dos cosas entre las cuales se efectúe la oposición, pero no precisamente dos personas humanas; basta con dos personas gramaticales. En gramática una aserción, una prueba, es una persona, la tercera; y sólo en ese sentido es dable exigir que sea uno quien afirme y otro quien contradiga; uno quien produzca, y otro quien contraproduzca. Y entonces, si á las doce de la noche sostengo que es de día, la tiniebla me desmiente, y tenemos ahí las dos personas requeridas: yo con la afirmación, la tiniebla con la contradicción. En el primer ejemplo que presenté, una persona es Juan, que asegura que hoy es sábado; otra persona (gramatical) son sus argumentos, que producen prueba negativa en contra de él.

III. EL USO DOCTO.—También se aprobará que no presente citas, por lo mismo que tanto abundan las pruebas en los buenos escritores modernos. La generalización de *contraproductente* ha sido tal, que hasta el Diccionario de la Academia ha

registrado yá en sus páginas ese adjetivo, lo cual no habría sucedido si su único apoyo fuesen los votos del vulgo.

IV. LA NECESIDAD.—Carecemos de una voz que enuncie la idea de *contraproductente*. Los clásicos, para expresarla, tenían que valerse de circunlocuciones. *Contradictorio* y *contrario* significan otras cosas, además de que el último sí exige que se exprese contra qué ó quién es la contrariedad.

* * *

Respecto de la voz latina, nada objetaría si se escribiesen separados sus dos elementos, así: “argumentos *contra producentem*.” Entonces la locución significaría “argumentos contra el que está alegando,” y *producentem* estaría bien en acusativo por exigirlo la preposición *contra*, como lo exige *ad* en “argumentos *ad hominem*.”

Unidas las dos veces en una sola, no.

Desde luego ¿por qué se emplea el acusativo, y por qué la terminación común al masculino y femenino? ¿Por qué no el genitivo, el dativo, el ablativo, ó el acusativo neutro?

No se diga que el acusativo es obligatorio después de *contra*, pues sabido es que una preposición, al formar, con otra voz, nueva palabra, no siempre conserva la misma fuerza de régimen que fuera de composición. Precisamente *contra* presenta la singularidad de que, sola, exige acusativo, y en composición con *dico*, el verbo resultante se puede construir con dativo. *Dico contra tibi* es solecismo; *contradico tibi* es correcto.

Hay otra razón: si *producentem* es régimen de *contra*, *contraproductentem* será indeclinable, y *contraproductentibus* una violación del régimen, la unión de un dativo ó ablativo con una preposición de acusativo; *imprudens* sería indeclinable también, porque *in* requiere acusativo ó ablativo.

Ahora bien: si el acusativo no es influencia de la preposición, ¿á qué se debe? ¿Y cuál es la causa de la terminación común al masculino y femenino?

Un adjetivo latino no puede estar en uno de esos dos géneros sin referirse á un sustantivo expreso, á menos que se halle sustantivado ó que se sobrentienda claramente *homo*,

y éste no es el caso ahora, pues quien *contraproduce* no es el individuo, sino los argumentos; la terminación neutra no exige tal requisito, como se ve en *ad hoc, ad referendum*. Cuando el italiano V. Costi preguntó á Longfellow por qué intituló *Excelsior* y no *Excelsius* una de sus más célebres composiciones, y el autor de *Evangelina* contestó que porque se sobrentendía *scopus meus excelsior est* (equivalente al lema del escudo de Lauzun: *Voy hasta lo más alto*), dio una razón inadmisibile, puesto que en latín no se emplea así la elipsis. *Excelsior*, tal como lo usó Longfellow, es un error.

Tenemos, pues, que ó el adjetivo no concuerda con nadie, y siendo así, debería emplearse la terminación neutra: “argumentos *contraproducens* ó *contaproducentia*;” ó concuerda con algo, y entonces hay que aplicar las reglas de la concordancia latina, ó las de la castellana, yá que se trata de una frase en que entra una voz de cada uno de estos idiomas.

Como el adjetivo tiene que acomodarse al sustantivo, y no al contrario, y como el sustantivo es castellano, la concordancia tiene que ser castellana.

Al que dice “requisito *sine qua non*,” se lo rechazamos, porque *qua* es femenino y *requisito* es masculino. Ha de decirse “condición *sine qua non*,” ó á todo conceder, “requisito *sine quo non*.”

Idénticamente: *argumento* es en castellano masculino, y si una voz latina ha de concordar con aquélla, debemos ponerla en masculino; pero el caso de la voz latina dependerá del caso en que esté la castellana: *argumento*.

“Usted usa un argumento *contraproducentem*” estaría bien, porque el sustantivo castellano aparece ahí en acusativo; si se tratara de nominativo, yá no se podría hablar así; se diría: “ese argumento es *contraproducens*,” y no *contraproducentem*.

Pero si entramos por ese camino, llegaremos á esta conclusión: que habrá que enseñar latín en las escuelas á los que no quieran ó no puedan estudiar más que castellano. En previsión de inconveniente tan grave, el gran maestro de la lengua, señor Cuervo, dice que el plural de *à látere* será *aláteres*, (no *à latéribus*). (1) Tiene mucha razón; pero pedimos para

(1) *Apuntaciones*, 4.^a edición, página 547.

contraproducentem el permiso de castellanizarse que con mayores dificultades de formación ha obtenido à *látère*.

Si se dice que *contraproducentem* corre como una sola voz por abuso de la costumbre, pero que debería formar dos, y que ha de entenderse así, replicaré que no debe admitirse ese abuso, y recordaré lo que pasa con otra locución. *Ab intestato* y *abintestato* son dos cosas distintas; el primero es una locución adverbial, y el segundo un sustantivo. *Murió sin ab intestato* es un absurdo, es albarda sobre albarda. *Se repartieron la herencia sin abintestato* está bien dicho.

Contra producentem significa: contra el que alega; *contraproducentem* significa: *al que, á la que, alega en contra*. Son dos acepciones distintas que no se deben confundir. La primera indica que alguna persona estaba alegando, y que contra esa persona se alega algo; la segunda expresa el acto mismo de la demostración adversa. La primera pone de manifiesto á la persona que recibe la contradicción; la segunda no manifiesta la persona, sino la cualidad contradictoria del razonamiento con que aquella persona es contradicha.

Si contra esta crítica se adujese un uso general y constante en el lenguaje común ó siquiera en el literario,—y no entiendo por tál el antiguo tecnicismo de la escolástica y el foro,—la retiraría, ó no la habría hecho, por respeto á la autoridad decisiva del uso; tendría razón en teoría, pero no en la práctica. Mas el hecho es que “argumentos *contraproducentem*” no ha sido frase simpática fuera de Colombia. Sería temeridad asegurar que en ninguna parte se la usa, sobre todo cuando uno, como el autor de estas líneas lee, (por circunstancias inevitables) pocos libros y periódicos en español; pero de ese poco, no recuerda haberla encontrado sino en las producciones de esta República, y en pergaminos donde no se ha de buscar el consorcio de la corrección con la elegancia.

III

EL DICCIONARIO DEL SEÑOR CUERVO

Decir que en la historia de las letras castellanas esta obra bastaría para dar nombre al siglo XIX y á la nación que la produjo, con ser un gran elogio, el mayor á que puede aspirar un libro, es poco tratándose de un trabajo tan colosal.

Cerca de siete años han transcurrido desde que se publicó el primer tomo, y no se tiene noticia, ó por lo menos el autor de estas líneas no la tiene, de cuándo aparecerá el segundo.

Por desgracia el *Diccionario* no puede estar al alcance de todas las fortunas. Muchos de los que quisieran poseerlo, se privan de ello por escasez de recursos, y las gentes acaudaladas, si no cuentan la buena suerte de haber recibido en su juventud, y desarrolládola después, alguna cultura intelectual, ni sospechan para qué sirven labores como las que han ocupado la vida entera del señor Cuervo.

Y esto sucede en todas partes. Sabidas son las vicisitudes por que pasó la gran empresa editorial de Rivadeneira.

Son los Gobiernos los más obligados á apoyar eficazmente trabajos monumentales como ese, y sería un lauro para cualquiera Administración de la República, el poder referir que en su época, y con su cooperación, se publicó el *Diccionario de Construcción y Régimen de la lengua castellana*. No hay un Estado en la América latina que no hubiese cumplido yá ese deber, si el señor Cuervo fuese nativo de alguno de los otros.

No tengo autorización de él ni de nadie para hacer la indicación presente, y hasta es seguro que me la desaprobará el señor Cuervo, quien ni pide ni pretende subvenciones, antes bien es seguro que las rechazaría. Pero él no posee ni el derecho ni los medios de impedir que el Gobierno de Colombia se suscriba á un número considerable de ejemplares para obsequiar con ellos á las bibliotecas, á las escuelas y colegios y á las oficinas públicas, en la seguridad de que con esto no se haría un servicio al eminente filólogo, sino que sería la Nación quien lo recibiría.

A las personas que disponen de influencias en el poder, les recuerdo esta hermosa ocasión que se les presenta de estimular los estudios sólidos, rindiendo un tributo merecido á uno de los hombres más sabios del país. Mis títulos para ello no son otros que mi amor á las glorias americanas y en especial á las de mi patria adoptiva; y no dudo que los escritores colombianos apoyarán esta idea, si piensan, como yo, que el *Diccionario de Cuervo* es la joya más rica de todo el inventario de la literatura nacional.

RAFAEL M. MERCHÁN.

(Bogotá).

LA PRINCESA MALENA

DE MAURICIO MAETERLINCK

Fernando Brunetière, el de la venerable *Revista de Ambos Mundos*, no puede olvidar la frase que Edmundo Schèrer dijo sobre que el sermón es un género falso. Y cada vez que el crítico tradicionalista se acuerda de tamaño exceso, tiene una explosión de mal humor. Parece que no hay para tanto. El uno tiene razón en opinar que el sermón es un género falso, y al otro le sobran razones para demostrar que no lo es. Quedarían conformes si empezaran por entenderse sobre el significado de las palabras “verdadero” y “falso,” y vendrían á convenir en que nada es verdadero absolutamente, ni falso en absoluto, tratándose del concepto artístico. Verdad es que algunos, en otros campos, hablan de la verdad absoluta, y se creen dueños de ella. Son gente muy feliz, digna de envidia : como son muy desdichados los que se empeñan en buscarla siguiendo á los filósofos modernos, porque éstos lo absuelven todo con decir que el hombre no es capaz de conocer bien cosa alguna, y que para adelantar en sus estudios tiene que fundarse en una hipótesis inevitable. Con esta salvedad, y con el convencimiento de que somos incapaces de llegar á ciertos límites en la esfera de lo conoscible, todas las diferencias de las escuelas vendrían á arreglarse. Es cosa muy vieja que todo conocimiento es relativo; casi tan vieja como la idea sobre que el concepto de lo bello es también relativo, dependiente del medio, de la raza y aun del momento. Hay médico que llama bellísimo el caso de un tumor enorme cerca de la oreja; y novelista que se pone á estudiar con interés no disimulado las depravaciones de una mujer, en las cuales encuentra un fondo de belleza. Lo que es bello en China es abominable en Alemania, y la moda de hace cincuenta años, yá parece horrible. Todos estos ejemplos se llaman legión y también lugares comunes. Pero si es feo repetir los lugares comunes, es mucho más odioso el olvidarse de que lo son, como se olvida Brunetière en sus críticas sobre los libros modernos. Así, creo que si no fuera porque él siente una marcada inclinación á decir sermones, y porque adora en Bossuet y en los que predicaron bien, á

su tiempo, el crítico de la *Revista* no sentiría accesos de mal humor al acordarse de eso que dijo Schèrer, el moralista.

Razonando como cualquiera de estos dos críticos, podría uno decir que el teatro de Racine es falso; lo cual no sería ni novedad ni atrevimiento, porque yá lo probó Lessing hace más de un siglo. Ni sería difícil probar que Molière y Corneille, los seudónimos de Moreto, Lope de Vega y Ruiz de Alarcón, son falsos como los originales. Es lo que han comenzado á ver, un poco tarde, los que estudian el teatro moderno, y andan buscando las nuevas fórmulas. Los diálogos majestuosos, impecables de Molière, y Corneille; las tiradas larguísimas de Moreto y Alarcón, sus conceptos y retruécanos, sus damas alambicadas, filósofas y eruditas, son falsas y no las explica la época. Jamás hubo mujeres que sutilizaran lo imposible en el momento de una declaración amorosa, ni que estuvieran prontas á jugar del vocablo arrebatadas por los celos; ni un Trisolino y un Vadio que se van diciendo cumplimientos é insultos con una sola majestad intachable. Todas esas cosas son verdaderas, en cuanto la gente de entonces se imaginaba ser así, y ponía en ello sus conatos; pero el lenguaje de la pasión siempre fue incoherente, y el diálogo de dos animales humanos una cosa absurda y grotesca, que no lo parece tanto por la frecuencia con que ocurre.

Muchas verdades así como éstas han dicho los simbolistas ó decadentes para que se rían de ello todos los críticos puramente literarios y la gente que se deleita con las novelas de Jorge Ohnet. Acá en esta capital de sainete no hay mucha gente que esté al cabo de lo que es un simbolista, y es fácil que si á alguno le entra la curiosidad de saberlo, pasará al jardín zoológico á solicitar por la especie.

La Princesa Malena; así se llama el drama escrito por uno de los jefes más distinguidos de esa juventud literaria de Bélgica que ha recibido la consigna y el legado de los decadentes franceses. Estos artistas reaccionan contra la vulgaridad y las torpezas de la escuela naturalista; y reaccionando han ido más allá de lo conveniente, como sucede en tales ocasiones. Por eso han producido obras que parecen delirios, y han educado jóvenes que han venido á parar en locos. La manera como este grupo de mártires ha pretendido reaccionar contra el natura-

lismo, es evitando lo diario, lo trivial, las descripciones de lo enorme, la reproducción de las sensaciones burdas. Quieren hacer inteligible lo sutil, lo suprasensible: se desviven por aquellas sensaciones vagas, por aquellos matices de sentimiento que no han sido aún expresados, si bien experimentados por mucha gente. Y de aquí viene su amor á lo simbólico y que se figuren que la obra de arte no es ni debe ser más que un símbolo. Como están convencidos de que poseen el vino nuevo, lo vierten en pellejos de reciente hechura, y evitan la rima y la desprecian cuando es rica, porque aun ésta les parece fácil, y, en cuanto al ritmo, buscan uno más irregular y se contentan con el de la prosa.

Toda la obra poética de Maeterlinck cabe en estos moldes. Ha hecho versos, dramas, y escribe notas críticas muy atendibles, á pesar de lo pueril y lo oscuro que tienen á trechos. De toda esa producción *La Princesa Malena* se ha llevado la palma. De este drama dijo Octavio Misbeau que era “una admirable y pura y eterna obra maestra, de las que bastan á inmortalizar un nombre y á hacerlo bendecir por cuantos tienen hambre y sed de lo bello y lo grande,” y del autor que era “comparable” si no “superior” á Shakespeare. Lo primero es indudable; la comparación con Shakespeare es inadecuada, porque en el drama de Maeterlinck hay un procedimiento seguido que pugna con la manera drástica del trágico inglés. Lo veremos un poco más adelante.

El argumento del drama es que un rey de Holanda está dominado por Ana, reina del Jutland. Esta vieja quiere casar á su hija Uglia con el hijo del rey de Holanda. La princesa Malena, hija de Marcelo, que reina sobre otro pedazo de Holanda, y cuyos dominios son destruídos durante la acción por el otro rey, incurre en el odio de la reina Ana, porque Hialmar, el hijo del vencedor, prefiere la hija del rey vencido á la de la reina Ana. Esta especie de Macbeth, indeterminada, hace uso de todo su influjo sobre el rey de Holanda para deshacerse de Malena, y acaba por obligarlo á que la estrangule.

Sobre este anjeo, que para tragedia ya es sencillo, están bordadas las más horripilantes escenas que tiene el teatro moderno. Verdad es que no lo he visto representar, mas por eso mismo creo que estoy en mejor disposición de hablar de su im-



portancia. Un drama representado es una interpretación de los pensamientos é intenciones del autor. Los actores y las comediantas que llevan un drama á la escena, van á darle al público una opinión que ellos y ellas tienen sobre cada uno de los personajes del drama. En lo cual tienen razón, porque para representarlo deben darle primero una interpretación á sus papeles. Tal manera de entender al autor puede ser verdadera ó falsa, lo cual es relativo y de poca importancia; pero no es la idea del autor, y en esto sí hay algo muy grave. A mí, que estoy sentado en la platea, con la esperanza de que me den la obra original, no me da tal actor sino la serie de opiniones que él se ha formado sobre su dramaturgo; estas opiniones á mí no me importan nada, si no son las mismas del autor. Para representar bien un drama sería menester un comediante tal como Reicher, de quien dice Hermann Bahr, que se despersonaliza en absoluto, se va apoderando del alma de su personaje poco á poco, y no pretende, desde la primera escena en que se muestra, darle al público idea cabal del personaje con muecas ó entonaciones fuera de propósito. Es menester que el actor alemán sea, como dicen, el Ribot de la escena para que logre entrar en la sicología de cada autor y de cada personaje interpretado.

Mientras no haya actores de esta clase, siempre es mejor leer los dramas que verlos interpretar. Leyéndolos se pone uno, si es capaz, en contacto con el alma del autor. Y cuando éste traduce, como lo hace Maeterlinck, matices de sentimiento tan delicados, y estados de alma casi inexplicables, todo por medio de procedimientos rudimentarios, que hacen pensar en la manera como escribía Herodoto, en tal caso es mejor recibir las impresiones sin intermediario. Este procedimiento, que merece el nombre de primitivo, es la repetición. Parece que Maeterlinck hubiera sido el primero en observar que en la conversación ordinaria, sobre todo cuando los interlocutores están bajo el influjo de un sentimiento poderoso, repiten lo que dice cada uno, y casi no adelantan el diálogo sino por el tono interrogativo de unas mismas frases. ¡Qué diferencia entre este modo y los diálogos envenenados de Racine y Calderón! Otro descubrimiento que parece como de Maeterlinck, aunque está en el ánimo de todo el mundo, es que la pasión vehemente no es capaz de hilar dos frases que tengan correspondencia. Si hubieran

pensado en esto los dramaturgos, habrían ido á soñar en los espacios interplanetarios, aquellos monólogos tan académicos, tan bien hilados que nos regaló el teatro clásico de 1600 á 1700 en Francia y en España.

Otra cosa rara que tiene el drama de Maeterlinck, es la necesidad en que está el lector de ponerse al cabo del procedimiento para que la impresión poderosa se haga sentir. Esto es paradójico, mas yo no sé cómo remediarlo. En la contemplación de toda obra de arte parece que sucediera lo contrario, esto es, que apenas se entera uno del procedimiento del autor, las impresiones causadas son menos vivas y acaban por fastidiar. No sé cómo puedan conciliarse estas dos ideas contradictorias, pero es casi seguro que á un laico en materia de simbolismo este drama no llegará á removerle el sistema nervioso, como se lo habrán removido á alguno más de cuatro escenas horripilantes, en que todo el horror proviene de unas cuantas frases inconexas ó de una sola repetida sin descanso por todos los interlocutores. Debido á este procedimiento, no hay propiamente caracteres en el drama de Maeterlinck, lo cual es raro sin embargo, no tanto como el decir que no hace falta la creación de personajes para que deje esta obra de arte una sensación profunda. Las gentes en el drama son otros tantos símbolos cuyo oficio no es otro que el de traducir ó representar cierto género de sensaciones. Para este fin, tan personaje es el príncipe Hialmar como la tormenta y la lluvia de estrellas del primer acto; y tanta vida tiene la Princesa Malena que aparece con frecuencia en las tablas, como el coro de las hechiceras que cantan á lo lejos, sin que nadie las vea, una larga tirada de las letanías mayores. Por esto no es atinada la frase de Misbeau sobre la semejanza de Shakespeare y de Maeterlinck. Es verdad que la Reina Ana tiene algo de la figura de Macbeth; pero solamente en cuanto al papel que desempeña Shakespeare, dejó en Macbeth un tipo real, vivísimo, de mujer ambiciosa, un carácter de esos que les han servido á los artistas de todos los siglos para renovarse contemplándolo. En tanto que Ana es un sér evanescente, indeterminado, simbólico en una palabra. Tampoco hay semejanza con Shakespeare por aquella sensación poderosa de vida que dejan un drama como el *Otelo* ó como *Ricardo III*; en el trágico inglés resalta lo excesivo de

los personajes, y parece que de intento llevara á los extremos sus pasiones y sus hechos. Todos tienen una voluntad poderosa, que falta en Hamlet, precisamente como para hacer más visibles las consecuencias de esa ausencia. En Maeterlinck la acción es seguida, pero un poco incierta. Parece que los hombres no tuvieran voluntad, que obraran impulsados por causas extrañas á su albedrío. Y á confirmar esta creencia vienen los animales y los elementos á tomar parte activa en el desarrollo del drama.

B. SANÍN CANO.

NOTICIA BIOGRAFICA

DE D. JOSÉ MARÍA DEL CASTILLO Y RADA

[Página inédita].

El 23 de Febrero del año de 1835 perdió la Nueva Granada uno de sus hombres más prominentes. Murió de pulmonía, á los nueve días de enfermedad, el doctor José Manuel Castillo y Rada, á los cincuenta y ocho años de edad. Desde el principio de la revolución fue uno de sus primeros defensores, que la sostuvo con su pluma, con sus luces y con su influjo: fue miembro de los Tribunales Supremos, del Congreso Federal de la Nueva Granada y Gobernador del Estado de Tunja en la primera época de la revolución. Morillo le condenó al presidio de Honda, y puede decirse que escapó milagrosamente, pues murieron otros patriotas que habían trabajado menos que el señor Castillo por la independenciam de su patria. En 1819 y 20 estaba en Cartagena, y de allí vino al Congreso de Cúcuta, el que le nombró Vicepresidente de Colombia. Bolívar le llamó en 1821 al Ministerio de Hacienda, el que sirvió hasta 1828, en que marchó á la Convención de Ocaña. En ella fue del partido de aquellos que no eran opuestos al General Bolívar y que querían una Constitución que calmara las pasiones y que combinara los varios intereses. El partido exaltado y de oposición á Bolívar no quiso esto; así, viendo Castillo que no se podía dar Constitución en aquella época, porque sabía que los militares no aceptarían la que se diera en oposición á las ideas de Bolívar, determinó separarse de la Convención con 21 Diputados que le siguieron, lo que trajo la disolución de aquel cuerpo.

En la dictadura de Bolívar fue Presidente del Consejo de Estado hasta 1830; en 1831 fue unos días Secretario de Estado, y terminó su carrera política. En los últimos tres años de su vida Castillo fue acusado continuamente por la imprenta y calumniado acerbamente á causa de la disolución de la Convención de Ocaña y de haber tenido parte en la dictadura de Bolívar: él no contestó, y varias veces me dijo que preparaba un manifiesto documentado para vindicar su conducta política. Estos sufrimientos, y el hallarse olvidado después de tantos servicios, le habían hecho sufrir mucho, y desde un año atrás padecía del pecho. Su mal crecía, porque era Rector del Colegio del Rosario y servía en él las cátedras de Cánones y de Ciencia Administrativa. Cada día hablaba dos ó tres horas, y esto agravó el mal, que finalmente le quitó la vida, demasiado temprano para la patria y para sus amigos. El señor Castillo sobresalía principalmente por el dón de la palabra, pues tanto pública como privadamente causaba un verdadero placer el oírle hablar. Tenía una vasta lectura, la que hacía sus delicias; sin duda era el primer literato de la Nueva Granada, y habría pocos que le llevaran ventaja en los nuevos Estados de América. A esto unía un carácter dulce y amable, que nunca se irritaba ni aun con sus mayores enemigos. El pueblo entero de Bogotá manifestó por el señor Castillo el más vivo interés durante su enfermedad, y después de su muerte hubo en su entierro una concurrencia muy numerosa, de la que había pocos ejemplos en Bogotá; homenaje tributado al verdadero mérito del señor Castillo. El Colegio del Rosario y sus alumnos le hicieron el entierro á su costa. Castillo murió pobre, después de haber manejado millones del empréstito de Colombia, lo que honra sobremanera sus virtudes. Como uno de sus más tiernos amigos le deseo el reposo eterno que se ha prometido á los justos.

JOSÉ MANUEL RESTREPO.

EL VIEJO SOLDADO

(Fragmento de *La novia de Savaraín*). (1)

Cuando evoco memorias de los días
Felices de la infancia,
Ensueños que el insomnio y las torturas
Del infortunio abrumador engañan,
Embelesado miro los semblantes
De aquellos seres, gozo y bien del alma....
Y en la bella mansión de mis mayores
Ignoro de la vida los dolores.

Torno allí á ser el niño silencioso
Que los arrullos en la selva escucha,
Cantos del viento.... y las alegres risas
De las rapazas que en el huerto buscan,
Por las orillas del raudal triscando,
Pomas lozanas y azucenas púdicas,
Cuando del sol poniente los celajes
Doran montes, praderas y boscajes.

Las melodiosas voces que se alejan....
Perfumes de azahar en el ambiente....
En los sotos, suspiros de las brisas
Que los follajes retozando mecen:
Vago rumor del espumoso río
Que al hondo valle azul allá descende,
Reflejando al dormirse en la llanura
Del cielo y de las selvas la hermosura.

Como las niñas, el torrente ríe,
Y sus rosados pies juguetón besa,
O amoroso les roba y traicionero
Las descuidadas cintas de las trenzas.
Las oigo en ello.... Corren:—“*Mi balaca!*
Tan bonita.... Ligero! Se la lleva!....
Más abajo! Allí va.... No me la mojen!”
Y el lindo lazo al fin triunfantes cogen.

(1) El poema completo se insertará en el tomo de las poesías del autor, que próximamente van á publicarse en bella edición.

¡Qué de faldas tocaron las espumas!
 Todas disimular estragos quieren,
 Y en un cidro frondoso al aire flota
 Jirón de muselina como nieve:
 A olor de yerbabuenas y albahacas
 Tras el apuro y retozar trascienden,
 Y hay, recogiendo pomas y las flores,
 Reparto fraternal de las mejores.

Mayo, que la bañada se sacude
 (Actor famoso en la traviesa turba),
 El caballo de chusque de Felipe
 Salvó de ahogarse, y salta y estornuda.
 —“Quíta! quíta!” le dicen desdeñosas
 Las que tanto lo quieren y lo adulan,
 Y él corre á los morales del otero,
 Diz que á pillar perdices... bullanguero!

¿Callan los niños?... Ven de la colina
 Descender al añoso veterano
 Que á la banda infantil de allá saluda
 Y afirma en el bordón sus lentos pasos:
 Conmigo al punto á recibirlo vuelan,
 Y al verse de nosotros rodeado,
 Ya responde, ya ríe, ya pregunta,
 Y en un abrazo general nos junta.

Tras de aquel alto y frente, al fin se pone
 En marcha el pelotón, “poquito á poco,”
 Cual lo pide la chica más juiciosa,
 Mimada y linda del festivo corro;
 Y sus manos apoya, complacido,
 El viejo capitán en nuestros hombros,
 Porque va en su bastón jinete ahora
 Un húsar que á vanguardia el campo explora.

En vano el cojo venerable quiso
 Detener al audaz en su carrera;
 El brioso corcel relincha y parte,
 Al huerto salta, bufa y corcovea.
 —“¡Felipillo! Bribón!... Me ha desarmado!

Dispárenle un obús! Juan, tu escopeta!
Apunten fuego! Prum! ¿Lo heriste? Nada!"
Y truena su armoniosa carcajada.

“Agradéce á que estaba retacado
El maldito arcabuz. Yá nos veremos!
¿Al fin salimos de la cuesta, hija?”
—“Casisito, señor.”—“¿Quieres? Apuesto
Contigo una carrera aquí en lo llano.”
—“¿Me la gana de sobra!” —“¿Qué luceros
Tienes en esa cara! ¿Dios los guarde!
Así tienes tú dos y uno la tarde.”

La una le sacude gusanillos
Que el chaquetón azul tomó en el bosque:
Juan quiere ver despacio aquel escudo
Que llevan, como en oro, los botones.
La formal lo regaña sonriendo,
Y al oírse alabar, tímida esconde
Las miradas que arroban, ó adivinan
Universos de mi alma y la iluminan.

Mi padre lo venera: es un soldado
Valiente de Bolívar! Cuán afable
Y decidor ofrece á nuestro amigo
Descanso en el salón: allí el fragante
Café les sirven yá, fuego y cigarros
Que negrilla galana pronto trae;
Y oyéndoles nosotros muy contentos,
Hablan de Obando, Herrán y juegan cientos.

Miro del capitán el noble rostro,
Aguileño, quemado, ancha la frente,
Que circunda rizada cabellera
Como espumas limpiísimas de nieve;
Los ojos guiña al sonreír, y asoman
Bajo el bigote alburas de los dientes:
Sé yá qué luz sus ojos fulguraban
Si de Ayacucho ó de Junín le hablaban!

¿Cuánto han hecho sus manos, hoy temblonas,
Mirándolo jugar yo me decía:

De ellas, que vengaron á la patria,
 Ahora leves naipes se deslizan!
 No los distingue bien... y frente á frente
 Con esos mismos ojos vio á Bolívar,
 Sin cegar de aquel sol á los destellos....
 Hay humo de batalla en sus cabellos!

Aticas ocurrencias del vecino,
 O *cachos*, como él dice, salerosos,
 Que sonsaca mi padre con finura,
 Le hacen romper en risas de tal modo,
 Que se ignora por fin quién pierde ó gana
 Y cartas por el suelo alzamos todos:
 El capitán su silla balancea
 Y dianas medio silba ó canturrea.

Mas cuando grave anécdota relata
 Es imposible reanudar el juego;
 De codos en la mesa, la escuchamos
 Los chicos, asombrados y en silencio:
 Si el relato es de guerra, hay en los rostros
 Ansiedad, palidez.... airados ceños....
 Y siento que en terror, alguna posa
 En mi hombro su mano temblorosa.

—Eres una cobarde; sí! le dije,
 Ya en cena á discreción con los muchachos.
 —“No, no, mi General,” y cuidadosa,
 Ponía rosquetitos en mi plato:
 “¿Porque oí con angustia las hazañas
 Que hizo Savaraín?.... ¿dónde?”—En el Tambo.
 —“Contigo iremos todos cuando quieras,
 A vencer ó morir.... donde tú mueras.”

Su brazo izquierdo de cojín tenía;
 Sobre él, y en follajes de los rizos,
 La cabeza divina en que la noche
 Y resplandores de alba se han fundido:
 Mirábame burlona, y sonriente
 Al oírme reír, luégo me dijo:
 —“Chusco el generalillo! ... ¿Tú soldado?....
 Otros!.... Matar?.... Matar es gran pecado!”

—“¿Y á los que hacen esclavas á las gentes?”
 Juan Angel preguntó mirando al suelo.
 (¡La sangre de Sinar!...) La hermosa niña
 Aguardó mi respuesta en desconcierto:
 —A los que esclavos libran, Dios bendice.
 Libertadores son.... todos los buenos.
 —“Redimir los cautivos.... El comprende.”
 —¿Y quien cautivos hace?— “A Dios ofende.”

—No solamente á Dios! Si tú no sabes....
 Los pueblos se lanzaron á las guerras
 Porque los chapetones los trataban
 Como á ruines esclavos: las cabezas
 De Alcantuz, de Galán y de otros muchos
 Pusieron como espanto.... y allí, secas....
 Horribles, carcomidas.... en picotas,
 Ejércitos alzaron de patriotas.

Fusilaban mujeres.... —“Jesús santo!”
 —Muchachas valerosas, y una hubo
 Que prefirió morir antes que nombres
 De sus cómplices dar á los verdugos;
 Y la mataron sin piedad, á un tiempo
 Con su novio, valiente cual ninguno:
 De ambos el capitán fue noble amigo;
 Díle tú que nos cuente.—“Sí le digo.”

“Pero mira.... mamá también lo nota:
 No salgas con que son boberas mías:
 Al oír ó leer cosas de guerras,
 De todo, todo lo demás te olvidas.”
 —¿Hasta de ti?.... Ni muerto!—“¡Cállate, loco!
 ¿Y vas á ser doctor en medicina?
 Los médicos no matan, y sí curan.”
 —Matan sin que los maten, y hartos duran.

—“Pues mejor es durar!.... ¿Risueño el niño?
 Yá sé lo que te pasa: siempre abiertos
 Los tomos de Plutarco: mudo y sordo,
 Horas y horas leer.... Un embeleso!
 Y el Diomedes y.... Gracos y Catones
 Mentar después, como si dices versos.

Serán terribles todos. No te rías....”

—Autores de sonetos y elegías.

—“Pues óye aunque te burles: luégo viene,
A ratos, lo de patrias libertades....
El arcángel suicida en San Mateo,
Girardot en el Bárbula triunfante,
El cantor de Junín.... Córdoba, Sucre....
Dios y Colombia vengarán su sangre!....
Y á mí, que aprendo todo lo que cuentas,
¿Después con bromas engañarme intentas?”

“Así has venido.... terco; te han dañado:
Buena formalidad!”—Linda patriota!
Ni Policarpa como tú! ¿Quisieras
Que fuésemos de España vil colonia?
Este país tan bello, grande y libre,
¿Hato y granero de las reinas godas? ...
—“¿La de Inglaterra es mala? ¿Sus iguales
Serán tus presidentes generales?”

.....

“¿En qué piensas?... ¿Qué quieres? ¿Los jazmines?
En tu cuarto hay de más. ¡h!.... se han caído.”
El manto undoso y negro de sus bucles
Peinaba en trenzas, y á la falda níveos
Rodaban los jazmines codiciados.
“Te los voy á juntar, pero ... lo dicho:
Olvídate de guerras y locuras ...
Tómalos, pues....yá está.... Ve que lo juras!”

.....

—“Sí, señora, le dijo; sí, mañana,”
Aquella noche el capitán, tomando
La lujosa cabeza de la niña
Con paternal amor entre sus manos:
“¿Qué hombres de tu raza, qué valientes
Vi morir por Colombia! Qué gallardos!
En Carabobo fue grito de guerra,
Viva el Libertador! Firme Inglaterra!”

JORGE ISAACS.

Julio de 1890.

TRIBUS

QUE HABITABAN EL TERRITORIO COLOMBIANO A LA LLEGADA DE LOS
ESPAÑOLES

NOTA—Con suma atención hemos estudiado el ATLAS GEOGRÁFICO É HISTÓRICO DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA por el señor Manuel M. Paz, trabajo digno de todo elogio, especialmente en cuanto se refiere á la parte geográfica. A la carta I que “representa la ruta de los conquistadores, etc., la posición de las tribus, etc.,” le haremos tres observaciones: 1.^a No es bastante completa, como se verá poniéndola en paralelo con este nuestro estudio; 2.^a Tiene algunos aunque muy pocos errores; y 3.^a El autor confunde frecuentemente las tribus que existieron con las que hay en la actualidad, dando preferentemente cabida á estas últimas.

ERNESTO RESTREPO.

—

Siempre que se ha intentado escribir sobre asuntos relativos á la historia antigua de América, se ha tropezado con las grandes dificultades que opone la falta de documentos. Si esta queja ha sido general y se ha perdonado á historiadores que han tratado de los pobladores de México y el Perú, con mayor razón se nos excusará á nosotros, que tratamos de las tribus aborígenes del territorio colombiano. Estas en realidad bien pocos recuerdos han dejado de su existencia. De sus ciudades y de sus palacios no quedan ni las ruinas. Religión, tradiciones, leyes, todo fue sepultado con los mismos hombres que las practicaban. Pueblos enteros, numerosas nacionalidades desaparecieron sin que quedasen huellas de su existencia. Parece que la vara poderosa de Bochica hubiese abierto un abismo más profundo que aquel que rompió para desaguar el inmenso lago Andino, y que allí hubiera precipitado las tribus colombianas, haciendo correr sobre ellas el torrente del olvido más poderoso que el mismo Tequendama.

Una que otra columna derruida, pocos jeroglíficos, si tal podemos llamar á las inscripciones en las rocas, y los monolitos labrados que yacen olvidados en la meseta de San Agustín, son los únicos documentos que pudiéramos consultar en la

superficie del suelo. ¡Qué testigos tan mudos de las antiguas civilizaciones! ¡Qué poco nos dicen de los hombres y los hechos que ante ellos pasaron y de las generaciones que en su presencia se desarrollaron y sucumbieron!

¡Quién creyera que los sepulcros, albergues de la muerte, fueran la única fuente de donde pudiéramos tomar documentos relativos á la existencia y vida de aquellos pueblos! Allí hemos encontrado objetos de oro, de barro ó de piedra que nos dan alguna luz sobre la industria y costumbres de los indios. Triste es confesarlo, pero á falta de mayores documentos, yá que no existen archivos que consultar, ni manuscritos que descifrar, excavaremos la tierra y estudiaremos con avidez el contenido de las tumbas.

No culparemos á los españoles por haber descuidado el estudio de las civilizaciones indígenas y haber destruído los objetos que hoy pudieran guiarnos en nuestros estudios de arqueología. Esta ciencia estaba muy atrasada en el siglo XVI. Nadie se ocupaba entonces en acumular objetos viejos ó estudiar vetustas civilizaciones. Si mucho demolieron los soldados de Fernando é Isabel, ¿cuánto más no hubieran arrasado las legiones de Enrique VII, á quien la historia apellida el *Codicioso*, ó los soldados de Carlos VIII, ó los italianos de la segunda mitad del siglo XV, en cuyas manos el puñal y el veneno desataban lo que antes se tranzaba con la espada? (1) No culparemos tampoco el espíritu religioso de los conquistadores, que, según algunos autores, los llevaba á destruir ciegamente cuanto encontraban á su paso. En contadas ocasiones el fanatismo inspiró la idea de hacer hecatombes de ídolos ú objetos de los bárbaros. A los religiosos debemos los documentos escritos que nos han transmitido la casi totalidad de los datos que poseemos sobre las tribus indígenas de nuestro país. Los piadosos misioneros, que con su incansable celo seguían á las tropas españolas, fueron los únicos que se preocuparon en legar á la posteridad nociones, aunque escasas, relativas á los indios, á su modo de vivir y á sus ideas y creencias.

Consultaremos á estos pacientes cronistas, y los datos por ellos transmitidos trataremos de completarlos con otros de escritores más recientes, y ensayaremos trazar un mapa lo más

(1) *Histoire de France*, por V. Duruy, tomo I, página 597.

completo posible de las tribus que, á la llegada de los conquistadores, ocupaban el territorio que forma la actual república de Colombia.

Tan vasta superficie (1) daba abrigo á un crecido número de parcialidades, muchas de las cuales apenas alcanzaban á ser formadas por grupos de cuatro ó más familias.

Los españoles en sus diversos viajes de conquista daban muchas veces á una población el nombre de tribu sin preocuparse con las semejanzas físicas ó la identidad de costumbres y de idioma. A éstas las designaban ya con el nombre de su cacique principal, ya le conservaban su nombre primitivo, ya le daban un nombre arbitrario y caprichoso. De aquí resulta que multitud de agrupaciones ó sociedades que en realidad pertenecían á una misma raza, llevaban nombre distinto; de aquí que al recorrer las crónicas quede el lector admirado del sinnúmero de tribus que encontraron en este suelo. Invocamos estas mismas razones para mostrar que no es posible presentar una clasificación científica. Tendremos que contentarnos con una enumeración geográfica que haremos por Departamentos.

I

Los 73 miriámetros de costa comprendidos entre la Punta Paijana y las Bocas de Ceniza estaban poblados por lo general de indios flecheros Caribes, “de la más recia gente que hay en la tierra firme.” (2) Muchos pueblos con distintos jefes vivían allí, ya sea defendidos por los recios arrecifes, ya aislados de las orillas del mar por espesos bancos de arena. Aquí se levantaban sus bohíos en medio de terrenos anegados y cenagosos. Más adelante sus caseríos se extendían al pie de las serranías dominadas por las alturas cubiertas de nieves eternas del Picacho y de la Horqueta. Las playas y ensenadas de la Provincia de Citarma (3), las orillas de los canales y de la Ciénega, las tierras anegadas por el río Grande, estaban en poder de señores más ó menos poderosos.

(1) 13,310-25 miriámetros cuadrados. *Geografía General Política y Civil de los Estados Unidos de Colombia*. FELIPE PEREZ, tomo I—134.

(2) *Conquistas de las Indias*. OVIEDO, folio XXVIII.

(3) Así llamaban las tierras comprendidas entre Riohacha y Santa Marta. FELIPE PEREZ, tomo II, página 571.

Al N.E. del Departamento del Magdalena, desde los límites con la república de Venezuela hasta las márgenes del Río de la Hacha, habitaban los valientes, arrojados y perspicaces Goajiros y Cozinas. Plaza calcula en 70,000 el número de ellos. De sus pueblos y jefes casi no conservan memoria las crónicas, siendo tan temidos, que siempre los españoles respetaron sus dominios. Apenas si la historia recuerda los nombres de las ciudades de *Tucutaca*, *Cancequinque* y *Cuanehucane*.

Entre la Ramada y Santa Marta estaban las tribus de los hospitalarios *Guanebucanes* y la de los *Guácharas* y *Caribes* (1).

Al O. de éstos, en el valle de *Buritaca*, habitaba la tribu del mismo nombre. Sus principales poblaciones eran *Bosingua* y *Alhasingua* (2), y las más pequeñas de *Marubare* y *Arubare*. Siguiendo en la misma dirección tropezamos con las tierras que avicinan á Santa Marta, á ocho leguas de la cual estaba el caserío de *Ayaro*, y no muy distante, la tribu de los *Coronados*.

Cuando Bastidas escogió la ciudad de Santa Marta como plaza de armas y punto de partida para sus conquistas, asentó las paces con los caciques de *Gaira* y *Taganga*, “que eran los más inmediatos vecinos á Sotavento y á Barlovento” (3), y con los *Dorcinos* (más al S.). A cuatro leguas estaban los *Bondas*. Eran tan numerosas sus poblaciones, que sólo en los valles estrechos de Cueto y Valhermoso quemó Alfínger más de siete de ellas. Al S. estaban las tierras de los *Masingas* y *Jeribocas*. No lejos de Santa Marta quedaban igualmente los *Argollas*, *Chenguas* y *Conchas*, y un poco más distantes los *Zacas*, *Chairamas*, *Guachacas*, *Origuas* y *Quiñones* (4).

Entre Santa Marta y Tenerife, en los terrenos de la laguna, habitaban los *Pepes*, *Agrias* y *Mastas*. Los *Tayronas* ocupaban los terrenos situados al Sur de la Ciénega, el valle y las cordilleras que forman semicírculo á Santa Marta. Esos hermosos sitios que hoy llevan el nombre de la tribu que los ha-

(1) *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*, por el doctor D. Lucas Fernández Piedrahita, pág. 49.

(2) *Noticias Historiales, etc.* F. PEDRO SIMÓN, tomo II.

(3) Piedrahita, página 45.

(4) Acosta, página 87.



bitaba, están formados de valles pintorescos, de profundos abismos y de abruptas rocas. Los ríos que los surcan son peligrosos torrentes que, desprendiéndose de altos peñascos, ruedan por profundas grietas formando cascadas caprichosas. Sólo las fieras recorren hoy estos fértiles terrenos que habitó la valiente raza de los *Tayronas* (1). Estos eran de estatura gigantesca y tenían como súbditos ó bajo su protección á todos los indios de la provincia de Calamar, hasta Urabá (2). Entre sus numerosas y grandes poblaciones, era la más importante *Pocigueyca*, corte de su principal cacique; seguíanle *Mongay*, *Sinanguay* y *Origueica*.

Al Sur de los *Tayronas* moraban los *Chymilás*.

En la Sierra Nevada los *Aruacos* (3), y entre éstos y los *Tamalameques* estaban los *Itotos*, *Guanaos*, *Babures*, *Topes* y multitud de otros pueblos.

Domo y *Bohoso* quedaban cerca del río San Diego.

El Valle de Upar, fértil y rico, era muy poblado de gente dócil, pacífica y sufrida. A orillas del río Guataporí (río frío), y á una legua del río Cesar ó Pompatao (señor de los ríos), fue fundada la Ciudad de los Reyes, sobre los escombros de una de tantas poblaciones incendiadas allí por Alfínger.

De las montañas de Garupar á la ciénega de Zapatosa se extendían las provincias de los *Pocabuzes* y *Alcoholados* (4).

Los *Tamalameques* habitaban el pueblo del mismo nombre, los terrenos bañados por la laguna de *Zapatosa* y las ciénegas y *caños* formados por el río *Zezeri* (5). Mencionaremos como principales poblaciones *Chiriguaná*, en una península de la laguna, *Tamalaizaque* y *Zipnaza*.

A orillas del río Magdalena estaban situados los *Malebuyes*, cuya capital era *Barbudo*. Abajo de éste estaban *Chingalé* y *Sompallón*.

II

Lo mismo que las costas del Magdalena, las no menos pintorescas del departamento de Bolívar estaban pobladas por

(1) La palabra *Tayrona*, según Herrera, significa fragua.

(2) *La Perla de América*, por D. Antonio Julián.

(3) Piedrahita, página 47.

(4) Así llamados porque se teñían con tinta negra el remate de los párpados. Piedrahita, página 51.

(5) De chetzar (agua calma). Luis Striffler.

indios Caribes. Las llanuras eran del dominio de los Tayronas.

Entre los límites de estos departamentos y la Punta Canoas, en las hermosas ensenadas defendidas por peligrosas rocas y dominadas por pintorescas islas y escarpados barrancos, había multitud de fracciones é insignificantes caseríos cuyos habitantes se reunían en *Tubará* á discutir sus intereses comunes. De allí su nombre, que significa *reunión* (1). Al Oriente de éstos quedaban los *Malambos*. De este último punto á la barranca de Mateo se extendía el país densamente poblado de los *Tablados*, y al N. el pueblo de *Zamba* (2).

La bahía de Cartagena y costas adyacentes, si exceptuamos las playas cubiertas de manglares y los llanos bajos inundados, estaban poblados por súbditos del cacique de *Yurbaco* (Turbaco).

Las islas también tenían sus moradores. Carex se llamaba el cacique de *Codego* y sus dos principales poblaciones, una en Bocachica y otra hacia el interior de la isla. Al lado opuesto de ésta habitaban *Cospique*, *Cocón*, *Matarrapa*, *Timiriguaco* y *Caricocox*. En la isla de Barú, á inmediaciones del caño de Pasacaballos, estaba situada *Bahaire* (3).

A barlovento quedaban los pueblos de *Mazaguapo*, *Guatapates*, *Turipana*, *Mahates* y la "gran población de *Cipagua*," cuyos caciques estaban en guerra abierta. Al primero de estos señores pertenecían igualmente *Oca* y *Cornapauca*.

A orillas de la laguna de Tesca se hallaba el pueblo de *Canopotés*, y á la izquierda de la bahía de Cartagena, á corta distancia de la costa, *Guatena*. Junto á éste, en una barranca, había otro caserío (4) cuyo nombre no registra la Historia.

Yurbaco y Calamar ó *Calamary* (que quiere decir *cangrejo*) eran los dos pueblos principales entre los muchos que en estas regiones existían. A poco que salió del último de los mencionados, Heredia encontró otro situado á corta distancia de una laguna, y siguió por espacio de tres leguas viendo por

(1) Felipe Pérez, tomo II, pág. 649.

(2) Piedrahita, pág. 58.

(3) En su *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada*, el Coronel D. Joaquín Acosta (pág. 114) da á este cacique el nombre de *Dulio* ó *Dulhoa*. J. J. Nieto llama *Bahaire* al pueblo y *Dahoa* á su cacique.

(4) Acosta, 122.

todas partes grandes poblaciones hasta la entrada de un caserío tan extenso, “que hacía dos horas que andábamos peleando y no habíamos llegado á la mitad del pueblo (1),” que fue incendiado por sus moradores. A poca distancia halló otro más grande aún.

El cacique de *Tolú* tenía cinco ó más caseríos á su mando, y era dueño de las hermosas costas que forman el golfo de Morrosquillo. La capital de sus dominios quedaba á seis leguas al S. O. de Cartagena.

Sobre la costa, antes de llegar al Sinú, Ojeda encontró una importante población, mas calla su nombre.

En la vasta llanura que se extiende sobre la margen derecha del Sinú, y que á primera vista pareció á los españoles tan poco poblada, estaba el pueblo de *Finzenú*, que otros llamaron *Zenú*, de más de veinte casas. El resto del valle había contenido una densa población que la peste había diezmado.

Ilamábase *Finzenú* lo que hoy ocupan la villa de San Benito Abad, Tolú, Ayapel y sus alrededores. Era su capital *Tacasuán* (2) y sus principales poblados *Chinú*, residencia de la cacica Tota, y *Farquiel*, en la cual había un adoratorio.

Las serranías que se extienden al S. O. del Departamento estaban pobladas, y en ellas había muchos caseríos y rancherías. Estas y las tierras comprendidas entre San Jorge y el río Cauca eran dominio del cacique de Yapel ó *Ayapel*, á cuyas órdenes estaban multitud de señoríos de gallardos, dispuestos y arrogantes indios (3). En su primer combate con los españoles cerca de *Yapel*, la capital, 2,000 de estos indios fueron desbaratados. Más adelante, á orillas del río Cauca, encontraron los castellanos una población que sus habitantes destruyeron antes de dejar profanar su suelo por el extranjero. De ahí para arriba las poblaciones se extendían á pérdida de vista en los dominios del cacique de *Nutibara*, del cual eran tributarios todos los moradores del valle hasta la sierra de Abibe.

Del Tirození, siguiendo la tierra adentro hacia la cordi-

(1) HEREDIA. Documento manuscrito citado por Acosta, pág. 112.

(2) Tacasuán se hallaba situada donde hoy se levanta San Benito Abad. *Geografía, etc., de la provincia de Cartagena*, por J. J. Nieto.

(3) Acosta, página 130.

llera de montañas que tiene su origen en la de María y que se desarrolla entre el río San Jorge y la margen occidental del Cauca, quedaba la provincia de *Pancenú*. La de *Zenufana* se extendía del otro lado del Cauca, en la parte del departamento de Antioquia, que después tomó el nombre de Zaragoza (1). En esta región quedaba *Simití*.

Uno de los centros principales de los llanos de Corozal era *Sincelejo*.

Las tribus del Sinú á la punta de los Arboletes eran tributarias de los Urabáes.

A orillas del río Magdalena se encontraban multitud de tribus y de poblaciones: *Yaguará* y *Zipauna*, no lejos de Barranquilla; *Mompoa*, el más poderoso y que contaba el mayor número de súbditos; *Tamalaguataca*, *Chiquitoque*, *Talaigua*, *Tacalazahuma*, *Tacalou*, *Menchiqueje* y varios caseríos de los *Guamaives*, *Malibúes* y *Aburraes*.

El cacique de Abibe era independiente y tenía su capital en la falda de la montaña del mismo nombre (2).

(Continuará).

ERNESTO RESTREPO.

MI TÍO RAMÓN

(Cuadro biográfico y anecdótico, relacionado con mis recuerdos de patria y de familia).

PROEMIO

Si el aforismo de Cavour: *Libera chiesa in libero stato* (la Iglesia libre en el Estado libre) hubiérase propuesto en los albores del presente siglo, de seguro el presbítero D. RAMÓN GAMBA habría sido su más genuino representante; y si á esta sentencia fuera fácil acomodarle un apéndice, v. gr.: *Líbero prete in libero cittadino* (libre clérigo en libre ciudadano), la fisonomía moral de aquel gracioso hijo del Cauca quedaría mejor diseñada y casi perfectamente definida.

Erase el citado presbítero un personaje de tres intelecciones diferentes, formando un solo carácter, el cual reflejaba un

(1) *La Guerra de Quito*, por Cieza de León. Prólogo de Marco Jiménez de la Espada, página XLVIII.

(2) J. J. Nieto.

espíritu que podría decirse uno y trino, si esta frase mística no tuviera una acepción más encumbrada; pues como patriota llevó su convicción liberal hasta el límite de la demagogia, como sacerdote profesó la ley evangélica hasta el límite del fanatismo, y como literato manejó la crítica y la ironía hasta el límite de insulto; confines que no traspasó jamás y que encerraron su ingenio en órbita excepcional, tan delicada como peligrosa.

Este singular eclesiástico fue uno de los bien logrados frutos del matrimonio de D. Nicolás Santiago Gamba, de origen italiano, y de D.^a Mariana Catalina Valencia, de origen español; cónyuges establecidos en Cartago, donde tuvieron la feliz destreza de disponer y educar á cada uno de sus hijos para una profesión determinada.

Por ello, Fortunato fue jurisconsulto, y, como tál, sirvió el cargo de legislador del pueblo, ejerciendo después varias magistraturas políticas y judiciales; Manuel, agricultor, para rehacer la hacienda, destruída por las huestes españolas en odio al patriotismo de sus dueños; Nicolás, militar, quien, habiendo empezado su carrera de aspirante á los catorce años, ascendió á teniente coronel á los diez y nueve, y murió á los veintidós, sobre el campo de batalla, defendiendo la autonomía de su patria; Miguel, empleado público que, comenzando de subalterno, llegó á ser jefe de oficina y encargado de ministerio; Anastasio, médico, que por restablecer la salud ajena, en época de conflicto, perdió la suya propia, pereciendo muy joven; y Ramón, sacerdote, cuyo ministerio tuvo por mira concordar la libertad con el Catolicismo, y que es el personaje histórico del presente relato.

Las hijas de aquel dichoso enlace (que fueron también en número de cinco) tuvieron igualmente su respectiva misión, que cada una de ellas supo cumplir á placer de sus padres y de sus otros allegados. María de la Paz, mi tierna y querida madre, y Bernardina, mujer del poeta caucano José Gregorio Piedrahita, sobresalieron como esposas modelos y buenas educadoras de familia; Camila como preceptora de escuela y maestra de costuras y de bordados; María de Jesús como religiosa de un monasterio, en el que fue repetidas veces Vicaria y Abadesa, hasta morir muy anciana en ejercicio de su prelación, y Lugarda como administradora de los cortos intereses domés-

ticos que alcanzaron á sobrevivir á los desastres de la magna guerra.

Casi todos los Gamba eran narigudos y de pequeños ojos; pero mi tío Ramón tenía nariz romana y unas pupilas, si no del todo grandes, por lo menos lo bastante para centellarlas con expansión, sobre un rostro oval, de matiz trigüeño desvanecido en blanco; con el aditamento de una frente amplia, una cabeza bien modelada, un ángulo facial recto y unos labios, aun involuntariamente, festivos y burlones. Que era hombre talentoso y de imaginación, lo demuestran las anteriores señales que doy de su fisonomía; que era eruditísimo, lo acredita el haber sido discípulo de D. Vicente Benítez, el más hábil institutor de Cartago en los últimos años del siglo XVIII y los primeros del siglo XIX; y que era, en fin, hombre docto y teólogo descollante, se comprueba con sus lucidas conclusiones en colegios de primer orden y con su grado universitario, á fuerza de profundo estudio y á buen derecho adquirido.

Es posible que en los hechos que ahora recojo acerca del presbítero mencionado, como datos para fortalecer mis recuerdos íntimos de patria y de familia, no siga el método de una cronología inflexible, porque no siempre es fácil retener la prioridad y pormenor de las fechas; pero cualquier lector podrá ojear el conjunto de estos rasgos con franca certeza en la identidad y correlación de los acontecimientos hasta ver delineada, como mejor lo alcancen mis reminiscencias, la figura que resalta en ellos.

Al escribir la narración á que sirve de prefacio este artículo, cumplo con el deber que me impusieron el cariño y la gratitud desde muy joven: de no dejar que yazga en el olvido la memoria de un varón célebre, de quien soy, naturalmente, el biógrafo obligado, puesto que fui su acompañante en la postrimería de su existencia, y recibí de él revelaciones y consejos que, en parte, doy ahora á la luz pública, y en parte reservo cual testimonio póstumo del que siempre me distinguió como al más amado de sus sobrinos, como al que mejor le comprendía la vivacidad y alteza de su genio.

PRÓSPERO PEREIRA GAMBA.

(Continuará).



VARIEDADES

VISITAS DE CONFIANZA

—¡Anda, anda! ¿Conque eres tú? Pues hija, has podido decírselo á la muchacha y no te hubiera hecho esperar.

—Como no me conoce....

—Es nueva; la he tenido que tomar por compromiso. Me la recomendaron las de López. Yá sabes, aquellas cargantes, que parecen el espíritu de la golosina. ¡Ay, hija! A ti te lo puedo decir porque eres de confianza; son lo más empalagosas del mundo.

—¿Se ha casado alguna?

—¡Quia! Ni soñarlo. La mayor está enamoradísima de un alferez de la reserva, muy feo; pero él no tiene nada absolutamente.... Aquí vienen todos los días y me marean.... Pero hablemos de ti.... ¿Sabes que te encuentro más gorda?

—Pues todos me dicen que me he quedado en los huesos.

—¡Qué disparate! ¡Si estás guapísima!

—¿Y tu marido?

—Bueno, gracias. ¿Y el tuyo?

—No tiene novedad.

—No quiero preguntarte por tu suegra.

—Haces perfectamente. Es mi mortificación.

—¿Sí?

—No te lo puedes figurar. Cada día está más ridícula y más insoportable. Anteayer se empeñó en que había de hacer arroz con leche en la palangana.

—¡Qué atrocidad!

—Ayer quiso poner una cortina en su alcoba, y se cayó encima del quinqué. Cuando la levantámos tenía un ojo lo mismo que un huevo frito.

—No sé cómo tienes paciencia para aguantarla.

—¡Cállala, por Dios! No hay más remedio que sacrificarse; que, si no, yá le hubiera dicho á mi marido: “O tu madre ó yo (*suenala campanilla de la escalera*). ¿Han llamado?

—De fijo son las de López.

—¿Vienen todos los días?

—Todos, sin faltar uno. Te digo que no las puedo resistir; ya verás qué fachas y qué habladoras.

En aquel momento las de López penetran en la sala metiendo bulla.

La señora de la casa y su amiga afectan una sonrisa complaciente, y las recién llegadas se arrojan en brazos de la primera y empiezan á darle besos como si se la quisieran comer allí mismo.

—¿No conocen ustedes á mi amiga Isabel? pregunta ésta, presentándoles la señora que está de visita.

—Yá tenemos ese gusto, contestan las de López lanzándose á besar á Isabel.

La señora de la casa—Creí que no venían ustedes hoy.

La mayor de las de López—¡No faltaría más! Yá sabe usted que no podemos resistir al deseo de verla todos los días.

La menor—Mamá es la que se ha quedado un poco enferma.

La señora de la casa—¿De veras? ¡Pobrecita!

La menor—Nosotras lo atribuimos á que anoche se tragó, por equivocación, un alfiletero.

Isabel—¡Qué lástima! ¿Y ha sido de punta?

La menor—No sé decir á usted. Ella estaba hablando con papá sobre los disgustos que nos da un hermanito de doce años, que no quiere estudiar ni hacer nada; y mamá, como tiene aquel carácter tan fuerte, fue á tirarle un bocado al alfiletero creyendo que era una oreja de mi hermano, y se lo coló con agujas y todo.

La señora de la casa—¡Pobre doña Sinforosa!

La mayor—En todo el día no ha cesado de escupir agujas y alfileres de cabeza negra.

Isabel—Han debido ustedes darle aceite del velón para que lo arrojase todo de una vez.

La menor—Hubiera sido inútil, porque á mamá todo cuanto se le dé no lo devuelve nunca. Una vez se tragó un rizo de ésta (por la mayor) que estaba untado con bandolina, y no lo hemos vuelto á ver.

La señora de la casa—¡Vaya un vestido bonito que trae usted!

Isabel—¡Es precioso!

La señora de la casa—Y de mucho gusto.

La mayor—Es que lo ven ustedes con buenos ojos.

Isabel—Vaya, yo me retiro.

La señora de la casa—¿Tan pronto?

Isabel—Es muy tarde, y mi mamá política está sola; no quiero que se aburra la pobrecita.

La señora de la casa—¡Qué buena es! ¿Verdad?

Isabel—¡Es un ángel!

La señora de la casa—No dejes de darle un beso de mi parte.... Adiós, monísima.

Isabel—Adiós, y á ver cuándo vas por casa.

Las de López vuelven á besar estrepitosamente á Isabel, que sale de la sala diciendo para sus adentros:

—¡Jesús! ¡Qué gente más antipática es toda esta! ... A Rosario no la puedo resistir. ¡Que hipócrita y qué mala lengua!....

La señora de la casa—¿Han visto ustedes qué flaca es esta amiga mía?

La menor—Flaquísima.

La señora—Pues ella se cree muy rozagante y muy guapa. No he visto mujer más presumida. Yo no sé qué le he hecho, pero desde que íbamos juntas á la escuela me tiene una tirria....

La menor—¡Naturalmente! ¡Como es usted tan guapa!

La señora—¡Ustedes sí que son dos buenas mozas!.... ¿Y cómo vamos de amores? ¿Ha hecho usted caso al fin del alférez?

La mayor—Pero si no hay nada....

La señora—Vamos, vamos, que á mí no se me ocultan esas cosas. Soy muy lista.

La mayor—Mamá se opone; porque como mamá es tan recta....

La señora—(aparte)—¡Y tan estúpida!

(Alto) Su mamá de ustedes es un ángel.

¡Buena diferencia de la suegra de Isabel! ¡Qué genio tiene!

—Porque estaban ustedes delante, y como Isabel es tan hipócrita.... pero la detesta.

Las de López, después de despellejar á Isabel y á la suegra, se levantan para marcharse.

—¿Van ustedes á venir mañana? les pregunta cariñosamente la señora.

—Yá se ve que sí, contestan ellas.

Mientras las de López bajan la escalera, la señora de la casa queda diciendo con enojo:

—¿Cuándo conseguiré alejar de aquí á ese par de estantiguas?

Las de López, á su vez, entablan el siguiente diálogo:

—¡Qué mujer! Cada día es más necia.

—Y más ridícula.

—Y más fea.

Yá en la calle, dirigen los ojos al balcón, y ven en él á la señora, que se ha asomado para decirles:

—Adiós, queridas. Que las espero. ¿eh?

Y ellas contestan desde abajo, moviendo las manitas:

—Adiós, buenísima. Hasta mañana.

LUIS TABOADA.

CANTARES

Si las almas se compraran,

Yo compraría la tuya

Para que no la mancharas.

Tus ojitos y los míos

Se decían ayer tarde:

Los míos—¿Puedo pasar?

Y los tuyos—Adelante.

Que eligiese entre ella y tú

Ayer me dijo mi madre:

Hoy vengo á vivir contigo....

Míra que infamia tan grande.

Mira un mundo pequeñito:

Una ilusión, un engaño,

Una lágrima, un suspiro,

Un beso, un Dios y un retrato.

ALFONSO TOBAR
(Español).

CAMPRODÓN

De un curioso artículo que publica el señor D. Eduardo Saco en *El Herald* de Madrid, sobre la tertulia de literatos que se reunía allá por el año de 1864 en el saloncillo del teatro de la Zarzuela, tomamos los párrafos siguientes sobre Camprodón:

“Versificador fluído y sentimental, á la manera lírica de su tiempo; autor dramático de superior instinto en el conocimiento de los recursos escénicos, Camprodón era, en la tertulia, elemento de primer orden, y consejero de irreprochable autoridad siempre que se tratase de *planes*, de *situaciones*, de *desenlaces*, de incentivos con los que el autor podía apoderarse del ánimo de los espectadores.

“Y era, en este punto, tan recto, tan desinteresado, tan noble, contra lo que generalmente hemos visto, que, como si se ocupase en *obra propia*, se apasionaba por la de cualquier compañero, y con sus lecciones y consejos trabajaba ardientemente por que obtuviese aquélla el mejor de los éxitos.

“Su rectitud literaria corría pareja con su integridad moral. No transigió nunca con cosa ni persona que no hallase digna y justa.

“Sus amigos lo sabían, y uno de los primeros en conocer los efectos de este lado de su carácter fue nuestro inolvidable consocio el donairoso *Narciso Serra*, que con ocasión de una falta, á todas luces inocente, pero llevada á juicio de conciliación, buscó á nuestro D. Paco para que le acompañase.

“Cuando dio principio el acto, y apenas hecha la relación del caso, Camprodón encontró injusta la causa de su patrocinado, y tan pronto como le tocó hablar, condenó enérgicamente la conducta de Serra, originándose de aquí la tan conocida redondilla que, en són de queja, improvisó el felicísimo poeta:

¡ Camprodón, me has dado un palo
Con ese discurso ameno!
Yo te traje de *hombre bueno*,
Y me saliste hombre malo!

“Sólo el teatro fue capaz de hacer olvidar á tan cariñoso y leal marido, á tan entrañable padre de familia, las horas debidas á los placeres del hogar doméstico. Porque en habiendo *obra por medio*, ya propia ó ajena, no hallaba nunca término á la conversación.

“Recuerdo, á propósito de esto, un hecho que tiene también su lado cómico.

“Escribía á la sazón la más popular tal vez de sus zarzuelas, *Una Vieja*, y conversaba con uno de los artistas líricos que tenía siempre señalado lugar en el reparto de sus obras: con el barítono Cubero.

“Eran las tres de la madrugada, hora en la que solíamos levantar la tertulia si no había asunto que mereciese atención especial, y Camprodón salió en compañía de su interlocutor, sin cesar en el relato de la composición que le entretenía, dándole cuenta de las *situaciones* en cuyo desempeño había de esmerarse, diciéndole tiradas de versos y describiéndole con el gesto y la acción los detalles que entendía indispensables para el triunfo de la parte que le destinaba.

“Caía abundantísima nevada, y ni esto era bastante á enfriar el entusiasmo del autor, que de vez en cuando hacía alto, con visible y bien explicable contrariedad de su compañero.

“Llegó un momento en que éste se encontró autorizado para protestar cortésmente de la tortura á que se veía sujeto, y dijo:

—“Amigo D. Paco, son las cuatro menos cuarto; estamos cubiertos de nieve, hasta el punto de parecer dos figuras de yeso; yo no he cenado, y estimará usted justo que procure llegar cuanto antes á mi casa.

—“Nada de eso, amigo Cubero; usted se viene á la mía; nos espera buen fuego en la chimenea, y.... algo habrá por allí con qué consolar las angustias del estómago. A la empresa y á mí nos importa poner en escena cuanto antes esta obra. Resígnese, pues, y apretemos el paso.

“Ciento cincuenta, poco más ó menos, habrían andado, cuando hicieron alto á la puerta de la casa del buen D. Francisco.

“Dejemos aquí la palabra á Cubero.

‘Subimos: nos despojámos de los abrigo y penetrámos en el comedor, en cuya chimenea ardía, en efecto, buena cantidad de leña, alegrando con su llama y caldeando con sus radiaciones tan hospitalario lugar.

‘Hallábase por entonces, á consecuencia del padecimiento que más tarde le llevó al sepulcro, sometido D. Francisco á un régimen lácteo, con exclusión de todo otro alimento, y apenas tomámos asiento colocó el criado sobre la mesa una gran jarra de cristal, que bien contendría hasta dos cuartillos de excelente leche de vaca.

‘No dejó de llamarme la atención el hecho de que el criado sirvió á continuación en una bandeja un solo vaso, de regular cabida por cierto; pero esperaba á que el dueño de la casa ordenara poner otro á mi disposición, resignándome, desde luego, á entretenerme con aquel líquido, cuando me sentía capaz de devorar media docena de chuletas y dejar hueca una botella de buen vino.

‘Pero... nada de esto.

‘D. Francisco se arrellanó en la butaca, tendió las piernas en la dirección de la chimenea, desenvainó el manuscrito y dio principio á la lectura de su obra.

‘De vez en cuando me miraba con satisfacción, llenaba el vaso que tenía delante, y lo apuraba de un solo trago.

‘Yo me esforzaba por sonreír y celebrar *frases y efectos*; pero mis tripas rugían encolerizadas, blasfemando á su manera de mi cortedad.

‘Por último, á las cinco y media acabaron á un tiempo la lectura y la leche, y yo, sin que recuerde cómo, salí de aquella casa renegando del momento en que entré en ella, de todo el que hacía comedias y de cuantos teníamos la desdichada ocupación de representarlas.’

.....

“Camprodón, como es sabido, fue durante muchos años el autor mimado de la fortuna.

“Sus obras se cuentan por éxitos, y nadie, hasta el día, ha llegado á percibir, como él percibió *en vida*, la respetable suma de ochenta mil duros por derechos de representación.

“Sus achaques le alejaron del teatro, y fue á morir á la isla de Cuba.”

.....

EL REGALO DE REYES

—¡Ave María Purísima!... ¿Pero estás empecatada, criatura? ¡No vas á dejar cacharro sano! ¿En qué piensas? ¿Qué te ocurre?

La pobre Maruja, atortolada y como abstraída, no replicó palabra á semejante apóstrofe; miró como una tonta á su ama, púsose muy encarnada, medio gruñó entre dientes una torpe excusa, y estropajo en ristre y enjabonando la loza como si le corriera prisa, continuó con afán su tarea, ahora desportillando una taza, luégo rajando un vaso, más tarde quitándole el asa á un puchero, con harto escándalo de la señora Bruna, que no cesaba de repetir hecha un basilisco:

—¡Pero, mujer!... ¡Pero, borrica!... ¡Pero tienes manos de hierro! ... ¡Pero eres el espíritu de la destrucción!

Maruja callaba y seguía fregando sin reposo, en tanto que la señora Bruna secaba el servicio de mesa, después de aclararlo, y lo colocaba luégo en los basares, muy emperejilados con papeles de color de rosa. Allá junto al fuego, bajo la on-

dulante sarta de chorizos y morcillas que, secándose al humo, de docel servían á la ennegrecida campana de la chimenea, casi tostándose los pies en las brasas, desceñida la faja azul y con aspecto cansino, dormitaba el señor Zoilo, tirando con fruición de un cigarrazo de papel en el que ardía, á buen seguro y malísimamente liado, su medio cuarterón de tabaco. No lejos de la lumbre roncaba el corpulento mastín hecho una rosca, y el rubio gato que de cuando en cuando abría sus ojos y se enteraba de lo que acontecía en torno, dejando oír su más plácido gruñido, habíase acomodado blanda cama entre las patas del perro.

Un candil, limpio como el oro, colgado sobre el fogón, acaso humillado ante la mucha luz que el hogar despedía, tal vez por falta de aceite y sobra de pabilos, daba las últimas boqueadas en tanto que las llamas de la hoguera, en la que se quemaba el tronco de Navidad, como persiguiéndose unas á otras y tendiendo á subir chimenea arriba en busca de su amigo el aire, iluminaban con un resplandor claro y alegre las paredes dadas de yeso de la cocina, los taburetes y la mesa de pino sin pintar, el curioso fregadero, el aseado pie de los cántaros del agua, los relucientes azulejos del fogón, la cobriza batería de cacerolas y sartenes, los basares adornados de colgaduras de papel, la escopeta y el cuerno apoyados junto á la ventana, los machos próximos al fuego, algunos chismes de labranza tirados aquí y allá y varios trebejos de todos oficios arrojados por todas partes; que el señor Zoilo, si era labrador de profesión, gustaba de la caza, y, activo como él solo, mataba los ratos libres que le dejaban sus labores y no sé qué cargo de justicia que en el pueblo ejercía en perjeñar y hacer con no poca maña trastos de carpintero. Fuera.... ¡cualquiera asomaba afuera las narices! Soplaba un vientecillo sutil, se había entrado la noche oscurísima y empezaba á caer la nieve en silenciosos copos.

Por fin quiso Dios que se acabase el fregado; dio la última mano la señora Bruna á los cacharros, y, encarándose con su marido, le gritó:

—Oye tú, Zoilo, despábilate, que vamos á echar un tute.

Y á renglón seguido la gruñona mujer le dijo á la criada:

—Súbete á acostar.

—Pues ahora pongo yo mi zapato—refunfuñó Maruja para sus adentros, pero no tan bajo que no percibiese algo la señora Bruna.

—¿Qué mascullas hoy de zapatos? preguntó ésta en tanto sacaba los naipes del cajón de la mesa.

—Nada, señora; nada.

Y la sirvienta enderezó sus pasos por la angosta escalera que á los estrados conducía.

¡Pobre criatura! Tosía con frecuencia, era de complexión delicada y débil, tenía el pecho muy hundido, las mejillas muy pálidas y los pómulos muy salientes; apenas contaría trece años, y estaba en esa edad crítica en la que el ángel pierde sus alas y se transforma en mujer. No se la podía llamar fea, aunque no pasaba de graciosa, bien que el mucho trabajo y la mucha miseria le robaban colores á su cara, fulgores á sus ojos, brillo á su pelo y redondez á sus formas. De ordinario se caía de sueño al terminar sus tareas; aquella noche subía Maruja las escaleras muy desvelada, con más seguros andares y un sí es no es inquieta y febril.

Las palabras de la mocosa de la hija de la señora Bruna repercutían sin cesar en los oídos de Maruja, atronándole el tímpano con inusitado y constante machaqueo:

—Esta noche vendrán los Reyes á traerme un regalo, ¿verdad, madre? Dejaré uno de mis zapatos en el balcón de la sala.

Así había dicho la niña al acostarse, y la idea del regio presente volvía loca á Maruja. Ya recordaba ella, ya, que el año anterior trajeron esos señores Magos á su amita un enorme muñeco, con una de rasos y seda, que era lo que había que ver. Pues lo que es este año no se quedaba Maruja sin regalo.

Descalzóse para que no sintieran sus pasos, concluyó de subir la escalera, atravesó sin ruido la sala, abrió el balcón que daba á la plaza, y con cautela, como si de algo malo se tratase, dejó uno de sus recios borceguíes pegadito á la barandilla de verde madera del balcón. Luégo desanduvo lo andado, y se acostó. Pero un demonio cogió el sueño.

Hecha un ovillo y tiritando de frío, permaneció insomne en la cama. ¡Qué cosa tan extraña! ¡No podía dormir! Y si cabeceaba, se le ofrecían ante sus ojos lujosas cabalgatas y

unos señores muy ricamente vestidos, con unos criados de cara de cisco y unos camellos con no sé cuántas jorobas. Traían repletos sacos de juguetes y los colocaban sobre su cama, diciéndole los señorones:—¡Para ti!—¡Para ella!... Y al irlos á coger, Maruja se despertaba. Poníase entonces á rezar para que los reyes se acordasen de traerle algo, y murmuraba entre sus oraciones:—¡Señor Dios, mándeme usía una muñeca que hable como la de la hija de la alcaldesa!—Así estuvo mucho tiempo, Dios sabe cuánto. Al cabo no pudo resistir más la tentación; se puso las medias y una falda, se cubrió los hombros con un pañuelo, y á oscuras, á tientas, con sigilosa planta, temblando toda, se salió de su alcoba y se encaminó á la sala, abriendo un poquito el balcón, lo suficiente para ver que allí estaban su zapato y el de su amita, pero vacíos.—¡Si no vendrán!... pensó Maruja con zozobra. Volvióse al lecho, tornó á sus rezos y á sus sueños y á despertar; no se oía en la casa ni el más pequeño ruido; debía de ser muy tarde. Otra vez comenzó á dar vueltas en las sábanas, y otra vez se vistió, y otra vez se fue al balcón de la sala.

¡Cielo santo! El zapato de la amita tenía una muñeca con sobrefalda y rubios cabellos y un traje hermosísimo de raso. Pero el zapato de ella... en su zapato no había nada. ¡Dios mío! Habían llegado yá los reyes, por lo que se veía, y sin embargo, ni el más mínimo regalo en su borceguí!... ¡Si no se acordarían los reyes de las niñas pobres!... Pero aquel Señor Dios ¿en qué pensaba? Descorazonada y dando diente con diente se volvió á su cuarto. Tal vez no se fijaron en su borceguí; pero no había que perder la esperanza; puede que hicieran otra visita al pueblo.

Dos veces más fue al balcón, y dos veces más sufrió un nuevo desengaño. Tornó una tercera; era de madrugada, y entonces se levantó iracunda y nerviosa; yá no rezaba; abrió el balcón; el borceguí continuaba vacío. Entróle muchísima rabia, llamóles tíos á los reyes, y sin poderse contener agarró la muñeca del zapato de su amita, la tomó con ternura entre sus brazos y escapó con ella á su dormitorio. Una vez en él, le dio mil besos á la muñeca, le estiró el trajecito, le dijo cariñosamente: ¡Pobrecita! y... de pronto se echó á temblar llena de miedo.

—¡Soy una ladrona!.... pensó! ¡Y su amo que era de justicia.... ¡Dios mío! ¡La que se iba á armar por la mañana! Se vio en la cárcel, en un calabozo muy oscuro y con muchos ratones. Lo mejor era volver la muñeca al balcón. ¡Pero dejarla, desposeerse de ella! ¡Nunca!

Tomó una resolución desesperada: huír. Se arropo con un mantón, se puso unas chanclas viejas, bajó despaciosamente á la cocina, abrió con silencio el pórtico, que siempre quedaba con sólo el pestillo, y sin soltar la muñeca de sus amores dióse á correr por la plaza y se perdió por una calleja. Nevaba; ¡cómo nevaba! Los copos, impulsados por el aire, le azotaban á Maruja la cara, cortándosela materialmente, y el viento hacía *muú* por las encrucijadas, con un *huo* lastimero que asustaba.

No podía seguir su camino con aquel viento y aquella madrugada. Entonces se refugió en el quicio de la primera puerta que halló al paso; acurrucóse; murmuró tiritando:—¡Pobrecita!.... ¡Se me va á helar!.... Arropó bien á la muñeca, le dio un beso y se puso á cantarle un estribillo para que se durmiese. Seguía nevando con furia, el viento arreciaba y el frío aumentó de atroz manera.

Poco á poco sintió Maruja una pesada somnolencia, algo como entumecimiento; se rebujó cuanto pudo en su pañolón; inclinó sobre el pecho su cabeza, y al cabo le acometió un sopor profundísimo mejor que sueño. Y seguía nevando con furia, y la nieve comenzó á arremolinarse en torno al cuerpecito de la chicuela.

A la mañana siguiente advirtieron varios vecinos un montón de trapos en el quicio de aquella puerta. Fueron allá y se encontraron á la Maruja muerta, heladita, dura como una piedra. Sonreía como sonreirán los ángeles; en su rostro había algo muy tierno y dulce, y tenía en sus brazos, estrechamente abrazada, una preciosa muñeca de rubios cabellos y ricamente vestida de raso.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

PÁGINAS BLANCAS

En la *Historia de la Literatura en Nueva Granada*, por José María Vergara y Vergara:

Esta obra, interesante y útil por más de un motivo, que sólo adolece del defecto de no ser más extensa, contiene en sus pocas

páginas más cantidad de doctrina sana y de buen gusto y mayor suma de lectura nutritiva y amena, que cien volúmenes de esos que andan por el mundo á beneficio de la tolerancia humana y de las facilidades que la imprenta pone al alcance de sabios y tontos. Pueblan la mente misteriosas visiones del pasado, cuando se recorren esos capítulos metódicos, ricos en datos importantes, impregnados de un sabor agradabilísimo de tiempos yá remotos y oscuros para nuestra generación. En ninguno de los libros del memorado señor Vergara y Vergara está más fielmente trasladado el carácter personal del autor; y, lo repito, el único defecto que puede señalarse á este trabajo magistral, es su cortedad y . . . la falta de segunda parte, que habría sido admirable, por lo mismo que se habría contraído al examen de la literatura contemporánea en nuestro país.

El estilo sencillo y sabroso, claro y elegante del señor Vergara, enaltece estas páginas hermosas, y es como á manera de suave luz que ilumina las regiones desconocidas de nuestro pasado literario, á favor de la cual vemos desfilan los hombres que fueron y las cosas que yá no son, hasta que al fin nos familiarizamos con ellos y nos forjamos la grata ilusión de que los conocemos y tratamos como si fueran nuestros contemporáneos.

¡Cuánta labor representa este libro! ¡Qué cúmulo de lecturas de manuscritos casi indescifrables! ¡Cuánto estudio de datos de difícil interpretación! ¡Cuánto trabajo para descubrir las menguadísimas fuentes de nuestra historia literaria!

Loor al infatigable señor Vergara, que supo levantar un monumento tan glorioso para la patria, y que, más que el bronce ó el mármol con que se pretende inmortalizar el nombre de los conquistadores célebres, llevará con honra el del señor Vergara á la posteridad más remota.

LUCIANO RIVERA Y GARRIDO.

1875.

NOTICIAS LITERARIAS

El día 3 de Marzo último falleció en Lima la muy conocida y apreciada escritora doña ROSA MERCEDES RIGLOS DE ORBEGOZO. Fue después de 1866 cuando comenzó á exhibir en público algunas de sus producciones, las que firmaba con el seudónimo de *Beatriz*, y entre las cuales se recuerdan su aplaudida apología de Santa Rosa de Lima y su expresiva conferencia leída en una velada, con el título de *Charla literaria*.

La señora RIGLOS DE ORBEGOZO había nacido en Lima el año de 1825.

A juzgar por el retrato que de dicha literata publica el número 201 de *El Perú Ilustrado*, era de fisonomía expresiva, al par que melancólica, y de alma tan bondadosa como sensible. El estilo de sus composiciones y aun la placidez misma de su actitud, sugieren á la mente de un bogotano el recuerdo de la dulce y espiritual escritora doña Silveria Espinosa.

—*La Escuela Literaria* es el nombre de una revista mensual, de 24 páginas, que se edita en la imprenta del señor Medardo Rivas, y cuya primera entrega, que vio la luz pública el día 5 del presente, hemos tenido el gusto de leer. Son sus redactores jóvenes amantes del estudio y del cultivo de las letras, y prometen cumplir la tarea acometida con decisión y eficacia. Les deseamos cumplido éxito en la empresa y lauros en el ameno campo de las letras. Es Director de dicha publicación el señor D. Alberto Suárez W. Correspondemos gustosos el canje.

—Hoy cuenta Caracas los siguientes periódicos:

La Opinión Nacional, Gaceta Oficial, El Siglo, El Granuja, El Correo de Caracas, El Pueblo, El Iris de la Fe, El Noticiero, La Religión, La Guillotina, El Machete, El Radical, La Rehabilitación, El Luchador, El Eco Andino, El Diablo, El Punch, Gaceta Municipal, Revista Universal Ilustrada, Boletín del Ministerio de Obras Públicas, Clínica de los Niños, El Deber Profesional, El Baluarte, El Apóstol Liberal, El Eco Industrial, El Carácter, El Federalista, El Intransigente, Boletín Militar, La Habanera, Caracas Elegante, El Trabajo, Diario de Debates, Diario de Avisos y El Tiempo, fundado el 24 de Marzo último por nuestro compatriota Diógenes A. Arrieta.

—A consecuencia de una apoplejía fulminante falleció repentinamente en París, el 13 de Marzo pasado, TEODORO DE BANVILLE, inspirado autor de las *Odas funambulescas*, y las *Rimas doradas*. Había nacido en París en 1820.

Excepción hecha de Lecomte de Lisle y de François Coppée, era el poeta de más fama en toda Francia. Sus estrofas brillaban, según la expresión feliz de un poeta, como el oro al sol.

Como periodista figuró, de 1850 á 1852, en *Le Pouvoir*, donde ejerció la crítica dramática; más adelante, en *La Revista de París, La Contemporánea, Le Figaro, La Presse* y *El Nacional*, y últimamente en el *Gil Blas*, donde publicó una serie de cuentos cortos de muchísimo mérito.

Su pérdida es un duelo inmenso para la literatura francesa.

—La obra que más ha llamado la atención recientemente en Madrid, es la novela del Padre Coloma, titulada *Pequeñeces*. Ase-

gura un periódico respetable que el autor, aun cuando exagera un tanto las tintas de su sátira, demuestra conocer muchos pormenores del medio social que ha pintado tan felizmente.

--Con ocasión de haberse erigido en Santiago de Chile un monumento á la memoria del distinguido escritor y hombre público D. Benjamín Vicuña Mackenna, el ilustrado y muy laborioso escritor chileno D. Pedro Pablo Figueroa ha consagrado á honrar la memoria de aquél un interesante folleto de 20 páginas, que hemos tenido el placer de recibir, y por el envío del cual damos gracias expresivas á su autor.

—Se ha publicado en Medellín, en la imprenta del Departamento, un libro de notoria importancia y utilidad, el cual lleva por título *Datos para la Historia del Derecho Nacional*, por Fernando Vélez, con un prólogo de D. Julián Cock Bayer y D. Lisandro Restrepo, Magistrado del Tribunal Superior de Antioquia; volumen de xxx y 345 páginas.

—La imprenta de *La Luz* ha enriquecido con una nueva y muy interesante novela la colección de obras amenas y morales que allí se venden como lectura adecuada para el hogar. La que ahora se anuncia lleva el nombre de *Catalina Labroff*, por el Conde A. Vodzinski.

—*Mosaico de Política y Literatura* es el título del libro que acaba de publicar en Bruselas el señor Luis López Méndez, Cónsul de Venezuela en aquella ciudad.

—Con el nombre de *Las tres jaquecas* ha adaptado á la escena española el autor señor Pina Domínguez la celebrada comedia de Paillerón: *Le monde où l'on s'ennuie*. La pieza fue ejecutada en Madrid, en el teatro de la comedia, á beneficio de doña Josefa Guerra.

Sobre la creación del aplaudido dramaturgo francés, dice un crítico:

“Es una comedia fina, culta, chispeante, mordaz, cuajada de maliciosas ironías y escrita con una ligereza de estilo encantadora.”

—En San José (Costarrica) se ha impreso, en la tipografía Nacional, el segundo tomo de la *Lira Costarricense*, colección en la cual figuran los nombres de Carlos Gagini, Manuel Antonio Gallagos, David Hine, Pedro Jovel, Rafael Machado, Félix Mata Valle, Manuel Montúfar y Emilio Pacheco.

El señor Máximo Fernández es quien ha formado y publicado dicha antología.

—En una carta escrita por D. Juan Valera al Redactor de *El Tiempo* de México, dice el ilustrado crítico:

“...Proyecta la Academia Española formar y publicar una *antología* de poetas líricos hispano-americanos, donde incluirá lo más selecto

que en poesía lírica se ha escrito en todos los países donde es idioma nacional el castellano.... Yo creo que podremos hacer un libro muy popular y leído.”

—Antes de despedirse de nosotros la compañía del actor Julio Luque, quiso llevar á la escena, en señal de deferencia por el público bogotano, el primer ensayo, en el género dramático, del señor Carlos Arturo Torres. Dicha obra, que su autor bautizó con el nombre de *Lope de Aguirre*, drama histórico en tres actos y en verso, subió á la escena del Teatro Municipal la noche del domingo 19 de Abril último. Cuanto al carácter histórico de dicha creación dramática, nos parece muy exacto el siguiente juicio de un ilustrado joven colaborador del diario *El Telegrama*, juicio que á nuestra vez prohijamos por considerarlo acertado:

“ En el drama histórico hay muchas veces necesidad, para la armazón escénica, de introducir personajes imaginarios ó novelescos en los papeles secundarios; pero falsear un carácter, transformarlo, levantarlo del olvido cuando su memoria está aún manchada con el lodo de la caída, es inadmisibile. El tirano Aguirre fue un aventurero de mala ley, un facineroso que cometió, en los cinco meses de su dominación, sesenta y cuatro asesinatos; un ambicioso vulgar, que no perseguía ningún ideal noble y que no dio al Rey de España otra razón por su rebeldía, que la de que no habían sido recompensados sus servicios; un desalmado, que mandaba pasar á cuchillo sus propios soldados cuando por causa de enfermedad no podían seguirlo.

La fantasía llevó muy lejos á Torres; aquel personaje se sublevó contra el Rey de España y llegó hasta exigirle, en comunicación audaz, el testamento de Adán para ver si en él le había dejado heredero de las Indias, pero por esta rebeldía exhibirlo como precursor de los Comunes, de Miranda, de Nariño, de Bolívar, de Santander, y levantarlo al nivel de aquellos hombres, arrebatándoles sus derechos á la inmortalidad, no solamente es injusto sino antipatriótico.”

—*El Taller* ha dado comienzo á la inserción en sus columnas de una zarzuelita en dos actos: *Un sobrino*, original del señor Isidro Vargas. Con gusto hemos notado desde las primeras escenas de la obra que el autor se ha inspirado, para la composición de su trabajo, en el ideal de la naturalidad, escollo insuperable á veces para los que ejercen sus fuerzas en el arte dramático.

—Un insigne periodista ha muerto en Madrid: D. ANDRÉS BORREGO, que había nacido en Málaga en 1802, y comenzó á figurar en la política española desde 1830.

Fue fundador de uno de los diarios más importantes que ha tenido España, *El Español*, que luégo cambió su nombre en el de *El Correo Nacional*.

Dejó muchas obras, algunas consideradas de importancia,

tales como *Los principios de economía política*, *La Organización de los partidos* y *la Historia del parlamentarismo en España durante el siglo XIX*, de la cual sólo aparecieron dos pequeños volúmenes, con la protección del Gobierno.

—*Conferencias sobre el progreso de la historia* se llama una nueva obra escrita por D. Felipe Tejera, quien la leyó en la Academia Venezolana, según lo refieren los periódicos de la ciudad del Avila.

—El doctor Ricardo Becerra, que reside en Nueva York, ha sido nombrado miembro correspondiente de la Academia de la Historia de Venezuela.

—En la ciudad de Valencia (Venezuela) ha visto la luz pública un interesante y muy útil *Vocabulario geográfico del Estado Carabobo*, obra del señor Telasco A. Macpherson, yá suficientemente conocido por otros trabajos de índole igual al que ahora se anuncia.

—Hemos recibido un ejemplar del importante libro *Geografía elemental de la república del Salvador*, por Guillermo J. Dawson, París. Librería de Hachette y C.^a, 1890.—72 págs. Con magníficas láminas intercaladas en el texto. Es un resumen muy adecuado por su claridad para la enseñanza de la Geografía de dicha República, y libro de consulta para las personas que estudian los cambios y progresos de los países Sud-Americanos.

—D. José Marco, afamado autor de las celebradas comedias españolas, *El sol de invierno* y *La feria de las mujeres*, ha escrito una nueva obra ingeniosa y de mérito, *Roberto el Diablo*, pieza cómica que se estrenó con grande éxito en el teatro de la Comedia, en Madrid, el último domingo del mes de Marzo anterior; y la cual encomia, en términos muy significativos, el autorizado semanario de Madrid, *La España Artística*.

—La subasta de la colección Brayton Ives, celebrada en Nueva York, de libros y manuscritos raros, ha sido un acontecimiento notable, por la calidad y cantidad de las obras que se pusieron á la venta, y por el subido precio que algunas alcanzaron. La subasta del primer día produjo 50,000 fuertes.

La casa Dodd Mead y Compañía, librereros de Chicago, obtuvo, mediante reñida puja, los libros y manuscritos más preciosos y ricos, si se exceptúa un ejemplar de la primera *Biblia*, hecha en tipos de imprenta por el inmortal Gutenberg (dos tomos), que se enajenó en 14,800 duros, siendo su actual dueño M. J. W. Ellsworth, comerciante y bibliófilo de la propia ciudad de Chicago.

Las cartas de Colón á D. Luis de Santángel, rarísima preciosidad de la cual sólo se tiene noticia de una copia, en español,

existente en la Biblioteca Ambrosiana de Milán, produjeron 4,300 duros, resultando adquiridas por los señores Dodd Mead y Compañía.

Carta de Colón, en latín, á D. Gabriel Sánchez, adquirida por los mismos en 1,600 fuertes.

Carta de Colón (1493), enajenada en 1,500 fuertes.

Otra del propio autor (1497), en 155 fuertes.

Carta de Hernán Cortés (Sevilla, 1523), en 900 fuertes.

Otra del mismo, fechada en Toledo, en 900 duros.

Preclara Ferdinandi, por Hernán Cortes, en 130 fuertes.

Preclara narratione, del mismo (Venecia, 1524), en 150 fuertes.

—*Le Figaro*, de París, al dar cuenta de haberse vendido yá 60,000 ejemplares de la última obra de Zola, *L'Argent*, publica una relación de la venta que han tenido las principales obras del escritor francés.

“REVISTA LITERARIA”

Con la presente entrega comienza el año 2.º de esta publicación.

El periódico continuará servido con el mismo interés que hasta ahora, y tanto por parte de la dirección, como de la empresa, no se omitirá esfuerzo ninguno para hacerlo realmente simpático y popular en la República y fuera de ella.

Ha sido principal aspiración de esta hoja la de recoger en sus columnas las primicias intelectuales de los hijos de Colombia, y la de contribuir á sostener en el Exterior el buen nombre de que disfruta nuestra literatura y el prestigio y popularidad que han alcanzado siempre nuestros escritores.

Es ocasión muy natural, y la aprovechamos gustosos, para dar gracias expresivas á los agentes del periódico que tan decidido apoyo han dispensado á la empresa. Esperamos que sigan favoreciéndonos con su confianza.

También nos es particularmente satisfactorio informar á los lectores que nuestro muy distinguido colaborador D. Vicente Restrepo ha terminado, para la REVISTA LITERARIA, un trabajo que no vacilamos en calificar de muy interesante, porque, además de referirse á la época de la guerra de independencia de Colombia, con noticias y referencias muy exactas, lo ameniza un lenguaje natural y atractivo. En el número próximo lo publicaremos, lo mismo que el artículo con que nos ha honrado el doctor Ramón Guerra Azuola. Hemos sido favorecidos con muy abundante contingente de colaboración para este periódico, lo cual nos obliga á diferir la publicación de algunas composiciones. Por ello pedimos excusa á sus autores.

Bogotá, Mayo 15: 1891.

La joven, sin contestar apenas, sin explicar su actitud, dejando asombrada á su vez á la vecina, echó escaleras abajo, entró como una exhalación en su casa y no paró hasta el cuarto de su madre, á la que dijo, jadeante y con voz entrecortada:

—Pero, mamá.... pero, mamá.... si en el cartucho ... en el de los bombones. . . había un abanico soberbio . . .

—¡Un abanico!

—Sí, de nácar y oro, pequeño, con una tela sin duda de Watteau; una preciosidad . . . una preciosidad....

—¿De Watteau? ¿En el cartucho de los bombones? ¿Estás loca, niña?

—No, no. Es que no abriste el cartón y no viste lo que había debajo de los bombones.

Y la hija explicó á la madre lo que había visto, á la vez que se explicaba ésta lo que había pasado.

La condesa se puso furiosa, se dio á los diablos; se llamó torpe á sí misma veinte veces; pero no con esto evitaba haber estado descortés por extremo con el espléndido banquero, y sobre todo no evitaba que aquella cursi de la señora de B. se hubiese quedado con prenda tan rica y primorosa.

No es, sin embargo, la hermosa condesa de las que se ahogan en poca.... ni en mucha agua, ni de las que no hallan pronto arbitrio para salir de un mal paso, así hayan de echar, como suele decirse, por la calle de en medio.

Sin perder más tiempo en inútiles lamentacionss, pidió el coche, se vistió á escape, fuese con su hija á una abaniquería de las mejores, compró *in continenti* un abanico, bueno en realidad y además de mucho efecto, por el que pagó ciento y tantas pesetas, volvió á su casa al momento é hizo subir de nuevo á su hija á casa de la señora de B. con el abanico número 2 y el siguiente recado:

—.... Pues le diré á usted lo que ha ocurrido, señora... Por eso que he quedado antes sorprendida, y usted habrá notado que no le decía nada del abanico.... Mamá iba á poner éste (y le mostró el recién comprado) en el cucurucho.... El cucurucho estaba en el *boudoir*, donde tiene su colección de abanicos.... La doncella se equivocó y, en lugar del que debía poner, puso uno de los que mamá tiene en más estima, y como mamá andaba atareada con tanta gente como vino ayer.... no se dio cuenta de la equivocación hasta que yo le conté cuál era el abanico que usted tenía.

En el cuento había algo, si no todo, verosímil ... ¿Lo creyó la señora de B.? Creyéralo ó no, no tenía más remedio que darse por convencida. Al fin y al cabo salía ganando un abanico bueno. Devolvió, pues, el *Luis XV* y reiteró las gracias.

El desenlace del suceso se adivina fácilmente; la condesa se reintegró contentísima en la posesión de la prenda que no conocía, aun con ser suya, y que era en efecto una preciosidad.

Dio por bien empleados los 25 duros del otro abanico y la rabietta de antes á trueque del alegrón de ahora, y, dado su carácter y el dulce hechizo de su trato, es de presumir fundadamente que haría pronto olvidar al rumboso donante del cartucho de bombones el desabrimiento con que, después del regalo, lo había recibido.

Y aquí acaba la *Crónica*, que, aunque *madrileña*, por su protagonista, no tengo el menor empeño en que ustedes crean que ha ocurrido en Madrid.... si bien puede haber ocurrido en otra parte.

El Españolito.



“REVISTA LITERARIA”

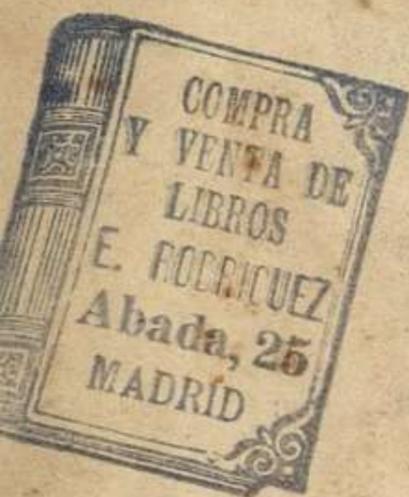
Este periódico se publica con regularidad el día 15 de cada mes.

Los señores suscriptores que no lo reciban por el inmediato correo al de la fecha de salida, deben reclamarlo inmediatamente, pues sólo con este requisito se hace la Agencia general responsable del extravío ó pérdida de entregas.

Sólo se sirven suscripciones semestrales y se venden números sueltos en la capital. En los Departamentos el pago del abono anual debe verificarse anticipado, y por esto suplicamos á los señores Agentes se sirvan indicarnos con precisión el número de ejemplares que debemos remitirles.

Los pedidos que se nos hagan y que no vengan acompañados de su importe respectivo, no serán despachados por la Agencia.

Asimismo suplicamos á las personas que se dignen favorecernos con sus escritos, nos excusen el dar respuesta á sus cartas y la no devolución de los originales en caso de que no se publiquen éstos.



BP

MCD 2018